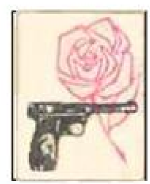


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

No tiene rival

EN MI PRÓXIMA AVENTURA, TITULADA NO TIENE RIVAL ME ENVÍAN A NIAGARA FALLS STOP PERO NO EN LUNA DE MIEL STOP ESO QUISIERA YO QUERIDITOS STOP LO QUE PASA ES QUE HAY GENTE MUY MALA STOP OS ACONSEJO QUE NO DEJÉIS DE CONOCER A LA SORPRENDENTE ESPÍA RUSA MARYA FEKOVA, QUE CASI CONSIGUE MATAR A VUESTRA

BABY



Lou Carrigan

No tiene rival

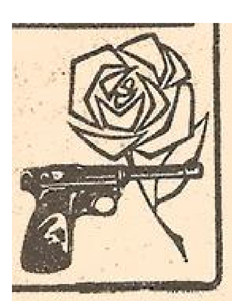
Brigitte en acción - 037

ePub r1.0
Titivillus 29.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

A Niagara Falls llegó aquella soleada pero casi fría mañana un personaje importante. Muy importante. Descendió del avión, tomó un taxi, y se hizo llevar al Rose Motel, en el cual tenía ya reservada una cabaña.

Ese personaje importante tenía los ojos azules, los cabellos negros, el cuerpo como representación de toda la belleza femenina, y el caminar de quien nada teme y sabe que tiene su sitio en el mundo. Un caminar, al mismo tiempo, que dejó a varios hombres suspirando poco menos que alucinados.

Efectivamente.

Ese personaje era Brigitte Montfort, la más bella espía capacitada para amar o matar, según dictasen las circunstancias. Una espía que siempre se regía por sus propias leyes. Ella misma juzgaba, y luego perdonaba o ejecutaba. Pero siempre tan juvenil, tan hermosa, tan dulce, tan sonriente, tan dueña de sí, dominando la situación…

El taxi la dejó delante mismo de la cabaña conserjería del Rose Motel. Brigitte se apeó, tomo su pequeño bolso de viaje, subió el par de escalones que llevaban al porche, y entró en la cabaña. Allá dentro, sentado tras el mostrador, un hombre gordito y de cierta edad, la miró primero con el fastidio de quien es interrumpido en la grata tarea de enterarse de las cosas feas que pasan en el mundo… Pero enseguida el anciano dio un salto, rejuvenecido de pronto al ver al personaje que llegaba para interrumpirle.

—Buenos días, señora. Sea bienv…

—Señorita —corrigió Brigitte—. Si es que no le molesta.

—No me molesta ni mucho menos.

—¿Le alegra? —sonrió cariñosamente Brigitte.

—Tampoco, hijita, tampoco… Si tuviese treinta años usted y yo íbamos a charlar largo y tendido sobre eso de su soltería… Pero a

mis sesenta y seis años creo que será mejor que hablemos de sus deseos. ¿Quiere una cabaña?

—La tengo ya reservada —rio la divina—. Mi nombre es Brigitte Montfort, de Nueva York.

Tras breve consulta el hombre asintió con la cabeza.

—Correcto, señorita Montfort. ¿Viene sola?

—Ya le he dicho que soy soltera.

—¿Y eso qué? —sonrió el vejete.

—¡Nada! —Volvió a reir Brigitte—. Espero que no sea molestia para nadie que una chica independiente venga a ver las Cataratas del Niágara.

—Si usted va allá nadie mirará las Cataratas.

—¡Muchas gracias! —rio ella una vez más—. ¿Sabe que es usted muy simpático, señor?

—Llámeme Fred, y no se olvide de que estoy a sus órdenes para todo… Vaya, para todo lo que mi edad me permita. Cabaña nueve. —Le tendió la llave—. Si quiere que le lleve la maleta…

—Podré con ella. Hasta luego, Fred.

—Que sea pronto —suspiró el vejete—… ¡Eh! ¡Tiene usted que firmar, señorita!

Brigitte lo hizo, recogió su bolso de viaje, le guiñó un ojo al simpático Fred, y salió de la cabaña conserjería. Encontró enseguida la cabaña número nueve, entró, cerró con llave, y se dirigió directamente a donde estaba el dormitorio. Dejó allá el bolso, sobre la cama. Luego abrió las persianas del dormitorio y del pequeño pero acogedor y simpático saloncito. Desde allí miró hacia el oeste, y vio el reflejo tornasolado de la espuma de agua de las Cataratas del Niágara.

Sonrió secamente y regresó al dormitorio. Abrió el bolso de viaje, sacó otro bolsito más pequeño, de mano, y la pequeña radio que formaba parte de su equipo de espía La dejó sobre la cama y encendió un cigarrillo.

Un minuto después sonó la llamada en la pequeña radio, y la divina espía contestó inmediatamente.

—Adelante —invitó.

—¿Brigitte?

—Hola, tío Charlie.

—¿Está sola?

—Y abandonada. Bien, ya estoy en el Rose Motel de Niagara Falls. ¿Qué es lo que tengo que hacer ahora? ¿Por qué tanto misterio? Llamadas telefónicas, mensajes…

—No he podido visitarla en Nueva York esta vez. Están sucediendo cosas por aquí. No se mueva de su cabaña y deje la puerta abierta.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Por ahora no. Corto.

—Adiós, tío Charlie.

Guardó la radio y estuvo allá, pensativa, hasta que acabó el cigarrillo. Era fácil adivinar que tío Charlie se proponía visitarla en un momento en que su acercamiento a la cabaña nueve no fuese notado por nadie. Pero ella no iba a estar esperando allí la llegada de su jefe en el espionaje norteamericano, de modo que decidió ducharse y cambiarse de vestido. Como en muchas ocasiones llevaba apenas lo justo para cambiarse en un momento dado. Siempre era una astuta artimaña presentarse «con lo puesto» en el lugar donde tuviese que realizar la misión, ya que, obviamente, en tal lugar tenía que comprarse ropa… a cuenta de la CIA o del Morning News, por supuesto, según quién la hubiese enviado allí.

En aquella ocasión el gasto en vestidos iba a correr a cargo de la CIA, ya que aquel viaje lo había realizado siguiendo órdenes de Pitzer.

Veinte minutos más tarde Brigitte salía del pequeño cuarto de baño envuelta en un albornoz corto, luciendo sus espléndidas piernas.

Y el inspector Pitzer, que estaba ya en el dormitorio esperando, se atragantó con el humo del cigarrillo.

—Hija de mi alma —tosió—… ¡Al menos, avise cuando piense ser tan generosa a mis viejos y cansados ojos!

Brigitte se acercó a él, sonriendo, y le dio un beso en la frente. Luego encendió otro cigarrillo y se sentó en la cama, delante del sillón que ocupaba Pitzer.

—¿Cómo está mi querido tío Charlie?

—Muy viejo y cansado ya, querida… Supongo que ha traído todas sus cosas especiales.

—Por supuesto. ¿Tengo que matar a alguien? ¿Quizá… otro peligrosísimo cuervo[1]?

Pitzer gruñó algo ininteligible.

—No tenemos por qué recordar cosas pasadas, Brigitte. La he llamado porque la necesito, y eso es todo. Ya se verá a su debido tiempo si usted tiene que matar un cuervo o una paloma. Sea lo que sea espero que seguirá cumpliendo órdenes, y que matará cuando sea necesario.

—Naturalmente, querido. Solo que, como ya sabe, yo soy quien decide ahora qué persona debe morir o vivir. ¿Tengo que ejecutar a alguien, o la misión es más sencilla?

—¿Misión sencilla? —Alzó Pitzer las cejas—. Querida, para las misiones sencillas no molesto a mis agentes superdotados.

—Oh, tío Charlie, ¡qué amable está usted!

—Querida niña: usted se lo merece. Tendrá que pasar a Canadá.

—Me parece bien… Aunque a usted parece causarle un poco de temor ese viaje mío al vecino país. ¿Por qué?

Pitzer adoptó una expresión hosca, dura.

—¿Ha oído hablar de Marya Fekova?

—No… Es la primera vez, que oigo ese nombre.

—Es lógico. Hasta ahora yo tampoco lo había oído… Quiero decir hasta hace tres días. Marya Fekova es una espía rusa. Una astutísima e inteligentísima espía rusa. Digamos… que es la Brigitte Montfort que tienen los soviéticos.

—¡Cómo! —exclamó Brigitte—. ¿Pretende hacerme creer que hay en el mundo otra mujer como yo, tan hermosa, tan inteligente, tan dulce…?

—No es momento de bromas, Brigitte. Ignoramos si Marya Fekova es hermosa o dulce, pero sabemos positivamente que es muy inteligente. Eso es lo que dicen nuestros agentes europeos al menos… Los que pueden decirlo.

—¿Los que pueden decirlo? ¿Qué significa eso exactamente?

—Hasta el momento Marya Fekova nos ha matado a tres hombres.

—¿En Europa? —Se endureció el hermoso rostro.

—Uno en París. Otro en Ankara. Y el tercero, hace menos de un mes, en Budapest. El cuarto pudo escapar con vida, pero herido de gravedad. Parece ser que consiguió alguna pista de la Fekova, entre lo que destaca el nombre de esa espía. Ese agente, que hace un par de semanas volvió al servicio activo en Europa, nos envió hace poco

el nombre de la rusa…, advirtiéndonos que había salido de Atenas vía Ottawa.

—Es una mujer… muy activa, ¿no? —murmuró Brigitte.

—Eso parece.

—¿Y tengo que encontrarla en Ottawa?

—¿Cómo conseguirlo, si no tenemos ni la más insignificante seña personal suya? Además yo no creo que permanezca en Ottawa.

Brigitte frunció el ceño.

—Entonces… ¿está en Niagara Falls?

—No lo creo.

—Mire, tío Charlie, o me habla claro o…

—Calma. Vea lo que está ocurriendo: hace unos días hubo una redada de agentes rusos en el estado de Nueva York y…

—No me enteré.

—No era necesaria su presencia. Ya teníamos… ayuda.

—Oh… ¿Una ayuda tan buena como la mía? —rio Brigitte.

—Más o menos… Resultó que el FBI andaba metido también en esto, y, como es natural, la colaboración fue inevitable. Y a decir verdad resultó muy productiva. No obstante, un par de agentes consiguieron escapar y cruzaron la frontera. Automáticamente la CIA exigió al FBI el cese de su actuación, puesto que, según se supone, no debe actuar fuera de las fronteras del país.

—Lo cual es un bonito cuento chino —rio ahora divertidísima la divina—. El FBI tiene en todo el mundo…

—Ya sabemos eso —gruñó Pitzer—. Lo cierto es que según parece, el FBI, a pesar de tener *postliaison* en Canadá, ha aceptado nuestra sugerencia y permanece quieto, a la expectativa. Entonces nosotros hemos conseguido trabajar más… holgadamente, a nuestra manera. Vea: estos son los dos hombres que han conseguido escapar.

Pitzer tendió media docena de fotografías a Brigitte, y ella contempló, no sin sorpresa, aquellos dos rostros masculinos, cada uno de los cuales estaba tomado de frente y de ambos perfiles. Vistos aquellos rostros la muchacha miró desconcertada a su jefe.

—Teniendo estas magníficas fotos creo que no sería demasiado difícil encontrar a estos hombres en Canadá, e incluso a su llegada a Europa.

—Están localizados ya. Los dos se hallan alojados en el Canada

Hotel, al otro lado de la frontera, en un pueblecito llamado Trent River, que tiene un bonito lago a sus pies, con abundante pesca. Están utilizando los nombres de Carson Bowles y Dale Parks. Hace tres días de esto. Los hemos visto, nos hemos acercado a ellos, les hemos tomado fotos, hemos obtenido huellas suyas en sus respectivas habitaciones del Canada Hotel, les hemos colocado micrófonos…

Brigitte no salía de su asombro.

—¿Han conseguido algo especial? —inquirió.

—Nada.

—Pero… ¿por qué no los capturan?

—Porque los demás escaparon.

El desconcierto de Brigitte aumentó.

—Bueno… Me parece todavía más lógico que capturen a los dos únicos que… ¿Ha dicho que los demás escaparon? Pero si antes ha dicho que entre el FBI y nosotros los capturamos…

—A los del estado de Nueva York sí. Por medio de ellos conseguimos buenos datos sobre sus compañeros en los estados de Pensilvania y Ohio. Cuando llegamos allá no quedaba rastro de ellos.

—¿Alguien los avisó?

—Evidentemente.

Brigitte quedó pensativa unos segundos antes de musitar:

—¿Marya Fekova?

—Posiblemente. Y ahí es donde nuestra maquinaria de cálculo de probabilidades ha empezado a funcionar. Fíjese bien, Brigitte: capturamos a unos cuantos agentes en el estado de Nueva York, pero dos de ellos escapan. Por medio de los que hemos apresado nos enteramos de algo de otros, residentes en varios puntos de los estados de Ohio y Pensilvania. Pero cuando vamos allá no queda nadie. En cambio, los dos espías que escaparon del estado de Nueva York permanecen en Trent River, tan tranquilos. De donde resulta que de toda una extensa red de espionaje que hemos anulado hay que destacar a dos individuos que parecen tontos y que se hacen llamar Dale Parks y Carson Bowles. Los dos están tan campantes en el Canada Hotel, pasean por la orilla del lago…

—Quizá no sepan que están identificados.

—Es posible. Pero yo quisiera saber por qué permanecen allí…

¿No le parecería más lógico que desapareciesen como los demás?

—Sí… Parece más lógico. ¿Qué resultados ha dado ese cálculo de probabilidades?

—Hemos llegado a la conclusión de que Marya Fekova ha dirigido esa fuga de espías a través de Canadá. Por eso llegó ella a Ottawa: para dirigir la retirada. En estos momentos un chorro de espías escapados de nuestras garras están llegando a Moscú. Pero han dejado dos atrás. ¿Por qué?

—Pues no sé… No consigo adivinarlo.

—Yo tampoco. Pero hay que pensar que Fekova no es ajena a todo esto… Diríase que se está fraguando un plan muy astuto, bajo la dirección de esa mujer.

—Suponiendo que sea cierto que ella ha venido a dirigir la retirada, también es posible que no exista ningún plan astuto relacionado con la permanencia de esos dos hombres en el Canada Hotel de Trent River. Quizá, simplemente, Marya Fekova no ha tenido tiempo de recogerlos a ellos y están esperando el momento en que así suceda.

—Quizá. —Brillaron los ojos de Pitzer—. Por eso va a ir usted allá, va a vigilar a esos hombres, y estará a la expectativa de la llegada de Marya Fekova. Nos interesan los dos hombres, Brigitte… Pero no deje escapar a Marya Fekova.

—Entiendo… ¿Tengo que capturarla viva?

—A ser posible sí. Pero no habrá inconveniente alguno en que, si cree que puede escapársele, la mate.

—¿Venganza? —susurró Brigitte.

—Simplemente espionaje, querida. Eliminación de enemigos inteligentes, si quiere que lo llamemos de otro modo… Tenga en cuenta que Marya Fekova puede tener noticias respecto a usted, y estoy seguro de que la mataría a la menor oportunidad.

—Procuraré convencerla de que no lo haga.

—Magnífico. Y procure también cosas como esta: saber por dónde y cómo consigue Marya Fekova la fuga para los espías que han escapado de Estados Unidos, cuáles son sus contactos en Canadá, qué misión han estado cumpliendo exactamente en nuestro país…

—¿Nada más? —sonrió Brigitte—. ¿No querría usted un autógrafo de todos los espías rusos en masa? ¿O una fotografía

dedicada cariñosamente por Marya Fekova?

—Lo de la fotografía no está mal pensado, querida —la miró alegremente Pitzer—. Vaya, es cierto que me gustaría tener una fotografía de Marya Fekova dedicada cariñosamente a tío Charlie.

—Se la traeré —sonrió Brigitte—. Supongo que tengo a alguien ese pueblecito llamado Trent River.

—Por supuesto. Simón está allá.

—Mi inefable y querido Simón —murmuró dulcemente la espía —… Muchos hombres y siempre el mismo nombre. ¿Tiene mi misma frecuencia de radio?

—Naturalmente. Él la conoce a usted. Estará esperándola, entrará en contacto cuando sea necesario.

—Estupendo. ¿Es guapo el Simón actual?

—Sabe que siempre le pongo como contacto y ayuda a un muchacho de lo mejor. Véalo.

Pitzer mostró otra fotografía, y Brigitte se quedó mirando aprobativamente el rostro de aquel hombre de treinta y dos o treinta y cuatro años. Rubio, ojos claros, mentón firme, sonrisa dura pero agradable…

—Me gusta —admitió—. Supongo que no lo reconoceré cuando lo vea.

—Probablemente, no —sonrió Pitzer—. Aunque teniendo en cuenta sus dotes excepcionales de espía es posible que descubra al buen Simón, sea cual sea el disfraz que él haya adoptado.

—Sí, es posible… Pero no confío demasiado en ello. ¿Tenemos allí a alguien más?

—No.

—¿Solo estaremos Simón y yo?

—Eso es.

—¿Y usted y los demás hombres que están interviniendo esto?

—Nos quedaremos a disfrutar de las delicias de Niagara Falls, querida, esperando sus… instrucciones.

—Comprendo… No hay que desplegar demasiadas fuerzas, a fin de no espantar la caza.

—Exactamente. Simón y usted harán el trabajo delicado.

—Cuando sea necesario nosotros iremos allá. Trent River está poco más o menos a media hora de vuelo en helicóptero. Respecto a los micrófonos… Un momento.

Había sonado un leve zumbido en un bolsillo de Pitzer, y este sacó su pequeña radio y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Señor, acaba de llamar nuestro hombre de Trent River a la base de Niagara Falls. Me han pasado su aviso al coche donde le estoy esperando.

—Muy bien… ¿Qué dice nuestro hombre de Trent River?

—Ha llegado al Canada Hotel una mujer. Una mujer sola… Dice llamarse Gloria McIntosh, inglesa, y parece ser que es periodista. Nuestro hombre de Trent River dice que es muy hermosa, y que parece sumamente inteligente, despierta y desenvuelta, pero resulta muy… inocente, ingenua, abierta de carácter. Ríe mucho, y parece una muchacha feliz y sin preocupaciones. No ha tenido contacto directo con nadie, por el momento. Nuestro hombre en Trent River opina que ella puede ser Marya Fekova.

—Así sea… Magnífico informe, muchacho. Nos veremos enseguida. Cortó la comunicación, se guardó la radio, y miró fijamente a Brigitte.

—¿Ha oído?

—Claro.

—Cuando llegue al Canada Hotel, Simón la llamará, sin duda, y le dirá quién es la muchacha… Por más que usted misma podrá saber muy pronto quién es la que se hace llamar Gloria McIntosh. Respecto a los micrófonos, como le decía antes, Simón está al cargo de ellos y graba todo lo que se habla en las habitaciones de esos dos pájaros de cuenta que se hacen llamar Carson Bowles y Dale Parks. Si se entera de algo importante ya la llamará. Ahora, querida, debo irme… Si tiene algo que decirme llame a Simón con su radio de bolsillo, y él me pasará el mensaje… ¿Entendido?

—Entendido. ¿Cuándo salgo para Trent River?

—El espía duerme cuando…

—Cuando los demás espías le dejan —rio Brigitte—. De acuerdo, gran jefe: saldré ahora mismo hacia Trent River. ¿Debo abandonar este motel?

—No… Simplemente vaya a Canadá, pero manteniendo alquilada esta cabaña. Quizá pueda resultarle útil en determinado momento. Ah, para ir allá no se precipite… Tiene que llegar como una persona tranquila, sin prisas.

—Pero Marya Fekova parece que ha llegado ya.

—No importa. Recuerde que debe de estar bajo el control de Simón… De modo que vaya en bus a Niagara on the Lake, y allá tome el *ferry* hasta Toronto. En Toronto alquile un coche y compre algo de ropa, que se le vea un convincente equipaje…

—¿A cargo de la CIA, naturalmente?

—Naturalmente —sonrió Pitzer—. Bueno, calculo que después de hacer todo eso puede llegar al pueblecito canadiense llamado Trent River hacia las seis de la tarde.

—Son tantos datos llamativos sobre mi persona que solo con que Marya Fekova sea la quinta parte de lo lista que la suponemos sospechará de mí: «periodista yanqui, procedente de Toronto, con coche alquilado, ropas nuevas, se aloja en pequeño hotel de pequeño pueblecito de reposo llamado Trent River; para más informes diríjanse a la CIA, en USA».

Pitzer se echó a reir, pero no muy convencido.

—Querida, alguien ha de dar el primer paso de acercamiento… o de choque. —Le dio una palmadita en una mejilla—. Le deseo un éxito completo, y… por favor, cuídese. ¿Qué haría la CIA sin usted?

—Contratar otra espía —dijo inmediatamente Brigitte. Pitzer acusó el golpe.

—Así es —susurró—. Pero temo que a mi edad, a mí, personalmente, me costaría acostumbrarme a otra chica que mata y ama. Buena suerte, Brigitte.

—Hasta la vista, tío Charlie.

—Así sea.

Capítulo II

El Canada Hotel era más bien un refugio de montaña. Tenía muy cerca el lago, en el cual, según se decía, abundaba la pesca. Y tanto el lago como el hotel estaban rodeados de espesos bosques de abetos. En algunos puntos ligeramente más altos se veían manchitas de nieve, que parecía de color naranja-morado a aquella hora de la tarde. Era un lugar agradable, silencioso, a un lado de la carretera nacional 30, próximo a la provincial 7. El conjunto no podía ser más pacífico y confortable, a pesar de la nieve. O quizá, precisamente, la nieve daba al interior del hotel ese clima de recogimiento cálido y amable.

Parecía poco probable que en semejante lugar quedase libre una sola habitación, pero, «milagrosamente», quedaba una, la once, que Brigitte Montfort pudo ocupar tras llegar con su coche y su relativamente voluminoso equipaje.

El hotel constaba solamente de dos pisos, en cada uno de los cuales había siete habitaciones. Había sido construido de tal modo que todas ellas daban al exterior; asomándose a cualquiera de las ventanas podía verse la pared de troncos del hotel, los miles de abetos, la nieve a lo lejos, el lago…

Un lugar encantador.

Solo que allí, en cualquier momento, alguien podía morir. Alguien que quizá fuese Brigitte Montfort; lo cual no hacía ninguna gracia a la bellísima espía norteamericana. Precisamente en los lugares más recogidos, más aislados, era donde ella consideraba que había mayor peligro. En una ciudad grande las cosas siempre tienen una mejor o peor solución. Basta, a veces, un callejón para solventar un momento de peligro…

Allí no.

Allí habría que dar la cara, enfrentarse directamente a los hechos. Lo que sucediese en el pequeño hotel tendría que ser

afrontado de principio a fin, sin posibilidad de recurrir a demasiados trucos, sin demasiados sitios adonde escapar… Alrededor solo había abetos y montañas, en algunos puntos manchadas de nieve.

Pero un buen espía es aquel que se apodera del terreno, no aquel que obtiene beneficios de él solo cuando ese terreno se le presenta favorable. Esto es fácil, en general. Sin embargo, dominar el terreno, estudiarlo, llevar las cosas hacia la conveniencia del espía, resulta más difícil y da una idea de la calidad, de la «clase» de ese espía…

Tal debía de estar sucediendo en aquellos momentos con Marya Fekova y Brigitte Montfort… Mientras la rusa, casi seguro, estaba acostumbrada a terrenos como aquel, con nieve, aislados, ásperos, la norteamericana tendría que empezar por aposentarse bien, por conocerlo todo.

En el primer *round*, al menos aparentemente, Marya Fekova llevaba algunos puntos de ventaja a Brigitte Montfort.

La cual, en aquellos momentos, estaba recurriendo a su radio de bolsillo.

—¿Me oye, Simón?

—La oigo.

—Bien. ¿Cómo están las cosas?

—Aburridas, diría yo.

—¿Aburridas?

—Exactamente eso. Parks y Bowles están pasándolo estupendamente aquí: salen a pasear, a pescar, beben en el bar… Si no fuese porque los tenemos bien catalogados resultaría difícil creer que esos dos hombres son espías rusos.

—Ya veo… ¿Y ella?

—Llegó hace pocas horas.

—Ya sé, ya sé… ¿Qué ha hecho desde entonces?

—Nada. Absolutamente nada. ¿Está usted en su habitación?

—Claro. Ah, muy agradecida por conseguir que «milagrosamente» quedase una libre.

—Eso es parte de mi trabajo. ¿Qué piensa hacer ahora?

—¿Qué me aconseja?

—¿Yo? Oiga, preciosa, se supone que es usted el cerebro superdotado, ¿no?

—Se supone —sonrió Brigitte.

—Pues a ver si se le ocurre algo… ¿Cómo demonios quiere que yo le diga lo que tiene que hacer?

—¿En qué habitación está usted?

—¿Qué importa?

—No sea niño. Estamos los dos solos en esto. Y sabemos que tenemos delante a dos espías soviéticos y a Marya Fekova. Eso, de momento. Nadie nos asegura que con esa mujer no hayan llegado media docena más de espías.

—¿Y…?

—Pues que la desproporción sería demasiado grande. No olvidemos ni por un momento, querido Simón, que si nosotros somos luchadores esa gente también debe de saber algo de estas cosas.

—Ciertamente.

—Bien… ¿Cuál es su habitación?

—La cinco.

—Okay. ¿Bajo ahora, o nos vemos a la noche?

—No me parece prudente que nos veamos ahora. Si quiere mi opinión lo mejor que podría hacer es bajar al bar y vigilar a esa mujer… Pero recuerde que no estamos seguros de que sea Marya Fekova.

—Ya sabremos eso más adelante… ¿Dónde están nuestros dos amigos llamados Carson Bowles y Dale Parks?

—En sus habitaciones. Estoy atento a una posible grabación, pero esos tipos no sueltan prenda en ningún momento…

—¿Cree que saben que están siendo escuchados?

—Es posible. Como usted bien ha dicho antes esa gente sabe algo de estas cosas.

—Ajá. ¿Y la Fekova?

—Bajó al bar, ya se lo he dicho.

—Perfecto. Creo que iré muy pronto allí… ¿Cómo es?

—Facilísima de identificar: pelirroja, ojos verdes, como de unos veintiséis o veintiocho años, muy bonita. La identificará enseguida… He visto pocas personas que resulten tan fáciles de identificar como esa rusa. Para mí que la cosa tiene algo de truco.

—¿Qué clase de truco?

—No lo sé. No me gustan las personas que tienen tanta

vitalidad, que se las arreglan para darse a conocer por todo el mundo… Sé de muchos casos en que los espías recurren a esa treta: cuanto más griten y se muevan menos llaman la atención. O digamos que menos se espera de ellos una actividad… fuera de lo corriente.

—¿De modo que Marya Fekova resulta demasiado… llamativa?

—Eso creo. E insisto en que ella tiene algún plan especial, algo que no podemos sospechar.

—De acuerdo. Creo que bajaré al bar a tomar un cóctel de champán con guinda.

—¿Con qué?

—Con guinda. Con cereza, si lo prefiere así… ¿No le gusta acompañar el cóctel con una guinda?

—No lo he probado nunca… ¿No le sería más fácil tomar un *whisky*?

—Qué horror —se estremeció Brigitte—. Me quedo con el champán con cereza. ¿Nos veremos luego?

—Solo si la ocasión es propicia. Vaya con cuidado.

—Como solo tengo una vida iré con cuidado. De todos modos, muy agradecida. Adiós.

—Adiós… Ah, una cosa importante: haga lo que haga y vaya a donde vaya no se deje la radio de bolsillo.

—Es una idea genial.

—No se burle. El jefe me encargó que la cuidase de modo especial.

—Jamás lo habría creído. Si llama a Niagara Falls… ¿querrá enviarle besitos de mi parte? Él entenderá.

—Lo haré. Lleve la radio en el bolsito. Y si la oye zumbar solamente dos veces esté alerta.

—No comprendo.

—Quiero decir que si la oye llamar dos veces solamente, y la llamada no insiste, tiene que mirar a su alrededor y estar atenta a todo… Será la señal de que algo nuevo puede ocurrir.

—Está bien. ¿Algo más?

—Pues sí… ¿Puedo decirlo?

—¿Qué cosa?

—La he visto cuando ha llegado: es usted lo más sensacional que he visto en el género femenino.

Simón cortó la comunicación, y Brigitte quedó con la boca abierta, a punto de decir algo. Comprendió que era inútil ya, sonrió, guardó la radio, y se dijo que, efectivamente, lo mejor que podía hacer era bajar al bar del hotel.

* * *

Simón tenía razón. Si en el bar había un personaje que no pudiese pasar desapercibido jamás ese personaje era la muchacha pelirroja de ojos verdes y cuerpo escultural. Llevaba pantalones largos, jersey de cuello alto, y un grueso chaquetón deportivo. Estaba sentada a un extremo del mostrador, sola, con el aire de quien sabe que todo el mundo la está mirando.

Y con razón.

Solo que, como dijo alguien, existe eso llamado «teoría de la relatividad». Hasta aquel momento los hombres que ocupaban el bar habían tenido un solo objetivo para sus ojos. Pero cuando apareció Brigitte Montfort las cosas se nivelaron de tal modo que algunos de los clientes del bar empezaron a volver la cabeza de un lado a otro, confusos, desorientados… y al mismo tiempo maravillados. Encontrar una mujer bonita, realmente hermosa, en aquel lugar, era una ganga. Encontrar dos de aquella categoría era un sueño, una quimera.

Consciente de la controversia que su presencia había originado Brigitte se dirigió al mostrador, justamente hacia el otro extremo del que ocupaba la muchacha llamada Gloria McIntosh. Se sentó en uno de los altos taburetes y pidió, dulcemente:

—Champán helado con cereza.

El camarero se la quedó mirando como atontado.

—¿Con qué?

—Con cereza.

—Bueno… Temo que no haya cerezas, señorita…

—De conserva.

—No, no… Ni así.

—Mala suerte. ¿Puede prepararme un «Canadiense»? El rostro del barman se iluminó.

—¡Oh, sí! ¡Inmediatamente!

—Okay. Pero el *whisky* que sea de verdad canadiense… No

quiero porquerías. Si tomo un «Canadian Cocktail», que sea de verdad un cóctel canadiense.

—Será auténtico, señorita. ¿Me permite sugerirle que aumentemos ligeramente la dosis de angostura?

—¿Por qué motivo?

—Digamos que… Bueno, digamos que las cosas han de tener cierto sabor…, un cierto punto fuerte.

—Aumentaremos la dosis de angostura —sonrió Brigitte.

El camarero se dedicó a preparar el «Canadiense», mientras Brigitte encendía displicentemente un cigarrillo, tras un ligero movimiento de sus piernas, una contra otra, de tal modo que se aseguró de que, en efecto, la pistolita de cachas de madreperla estaba allí, en su muslo izquierdo, sujeta por la cinta de esparadrapo.

Ya encendido el cigarrillo se volvió a medias en el taburete y estuvo a punto de lanzar una exclamación de sorpresa, más bien de sobresalto, cuando vio tras ella al hombre que la miraba con rapidísimo parpadeo, como venciendo su incredulidad.

—Hola —dijo el hombre—… ¿Cómo estamos, encanto?

Brigitte le echó el humo en pleno rostro, pero el hombre no se inmutó en lo más mínimo. Era alto, delgaducho, pelirrojo, de cara larga y huesuda; sus ojos eran grises, vivos, con expresión de granujilla simpático.

—Yo estoy muy bien, señor. Pero temo que usted —sonrió amablemente—… Vaya, si no temiera ofenderle diría que usted ha bebido demasiado a las siete de la tarde.

—Nunca es demasiado… Pero a veces creo que sí. Por ejemplo, nena: si usted no tuviese ese hermoso pelo negro, y aquella otra nena no lo tuviese como el mío —señaló a la hermosa Gloria McIntosh—, yo diría que ya empiezo a ver doble.

—¿Por qué?

—Porque dos chicas así de lindas solo se ven en el cine… ¿Estoy yo en el cine, acaso?

—Parece ser que no.

—Menos mal… ¿Ha pedido algo?

—Un «Canadiense».

—Magnífico… ¿Me permite invitarla?

—Me parece estupendo. No es dinero lo que me sobra.

—A mí sí. Quiero decir… Vaya, no es que pretenda ser fanfarrón… He querido decir que sería muy agradable para mí invitarla a tomar algo… Me llamo Lon Carmody. ¿Qué le parece?

—He oído nombres peores. ¿Americano?

—¡Naturalmente!

—Bueno… Es que como estamos en Canadá…

—¿Qué importa eso? Los americanos estamos en todas partes, según parece… ¿Usted no ha leído nunca eso de *yankee go home*?

—¡Lo he leído! —rio Brigitte.

—Menos mal que nosotros nunca hacemos caso, ¿verdad? No sé qué demonios le pasa a la gente del mundo que en cuanto ven un norteamericano se dedica a escribir por las paredes eso de yanqui, vete a casa… ¡Con lo bien que se pasa fuera de casa! ¿No está de acuerdo?

—¡Por completo!

—*Eureka*… ¿Cómo se llama usted?

—Brigitte.

—¿De veras?

—¿No le gusta el nombre?

—Los he oído peores —rio el yanqui—… Creo que yo también tomaré un «Canadiense». Tengo sed.

—El agua no es mala.

—¡Puag! Esta es una broma de mal gusto, Brigitte. ¿Le gusta pescar?

—Según qué cosas.

—Je, je… ¡Je, je, je! ¡Rayos qué respuesta más inteligente! ¿Qué cosas le gusta pescar?

—Truchas.

Lon Carmody empezó a parpadear de nuevo. Se rascó la coronilla, se quedó mirando el vaso que acababan de colocar ante Brigitte, y luego miró a esta mientras bebía un sorbito de «Canadian Cocktail».

—Creo que me está tomando el pelo —masculló.

—De ninguna manera —sonrió Brigitte—. No creo que sus cabellos rojos me sirviesen para nada, señor Carmody.

—Vaya… ¿Está sugiriendo que debo marcharme?

—Le echaré de menos, se lo prometo.

—Algo es algo —suspiró el yanqui—… ¿Puedo, por lo menos,

convidarla a ese «Canadiense»?

—Diré que lo anoten en su cuenta, vaya tranquilo. Mañana por la mañana, en mejores… condiciones, es posible que pueda soportar mejor la charla con una chica inteligente. En tal caso…

En aquel momento Brigitte notó dos zumbidos, dos leves vibraciones de su bolsito. Solo dos. La llamada no insistió, y ella comprendió que Simón cumplía su palabra, y que debía estar alerta.

—Decía usted que…

—Le decía buenas noches, señor Carmody. Adiós.

—Rayos, qué mala suerte la mía. Primero me rechaza una, luego la otra…

Se separó del mostrador, dirigiéndose con paso no muy seguro hacia la salida del bar, seguido de algunas sonrisitas burlonas.

Al otro extremo del mostrador la pelirroja despampanante seguía bebiendo tranquilamente, indiferente a la presencia de aquella rival en hermosura, como si en ningún momento se le hubiese ocurrido que podía hacerle sombra.

En la puerta del bar el bebedor entusiasta llamado Lon Carmody se cruzó con dos hombres elegantes, de rostros inteligentes, correctos, serios. Dos rostros que Brigitte recordaba perfectamente, ya que hacía pocas horas que Pitzer le había mostrado sus fotografías en el Rose Motel, en Niagara Falls. Eran Carson Bowles y Dale Parks. Es decir, los dos espías soviéticos que habían sido dejados en libertad esperando obtener de ellos más frutos que el de su simple detención.

Y parecía que la rutinaria treta iba a dar resultado, ya que los dos se dirigieron directamente hacia la parte del mostrador donde estaba la bella pelirroja. Pero lo hicieron de tal modo, con tan aparente distracción, que no dio en absoluto la impresión de que pretendían acercarse a ella.

Solo que Brigitte Montfort, naturalmente, estaba demasiado enterada del asunto para aceptar aquella naturalidad en el acercamiento.

Los dos se sentaron y pidieron algo que Brigitte no pudo oír… Luego, uno de ellos, el que se hacía llamar Parks, se volvió hacia la pelirroja y dijo algo, sonriendo cortésmente; ella negó con la cabeza también sonriendo cortésmente… Invitación rechazada. Era una buena toma de contacto, aunque algo pueril. Puerilidad que no le

gustó a Brigitte en absoluto. Claro que, a veces, las cosas más simples son las que dan mejor resultado…

De nuevo zumbó la pequeña radio en su bolsito. Y no por dos veces, sino cuatro o cinco. Dejó de sonar. Y a los pocos segundos volvió a notar la vibración en el bolso. Dirigió una mirada de reojo a la bella pelirroja y a los dos espías localizados, e hizo una seña al barman.

—Entiendo que el señor Carmody me invitó —sonrió—. Cargue esto en su cuenta. Y cinco dólares más, que son su propina.

—Muchas gracias, señorita… ¿Fue bueno el «Canadiense»?

—Tan bueno que posiblemente vuelva a tomar otro.

Se alejó del mostrador hacia la *toilette*. Entró, se aseguró de que allí dentro no había ninguna otra dama, sacó la radio, y la accionó.

—¿Simón? —susurró.

—Hola. ¿Los ha visto?

—Sí. Están cerca de ella, de Gloria McIntosh. ¿Por qué?

—Antes de bajar Parks fue a buscar a Bowles a su habitación… Por fin he logrado grabar algo. Parks entró, y después de unos segundos de silencio le oí decir: «¿La has visto?». El otro contestó que sí, y que ella estaba en el bar. «Entonces vayamos allá cuanto antes. Si ella ha llegado quiere decir que todo va bien. Vamos a verla». Eso fue, en resumen, lo que hablaron… Parece que estamos sobre la buena pista… Es decir, que esa chica llamada Gloria McIntosh es ni más ni memos que la famosa Marya Fekova. Ellos la han estado esperando.

—Buen trabajo, Simón. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Nada. Usted dirige el modo de trabajar de los dos. No estoy muy acostumbrado a obedecer, pero cualquier experiencia es buena para un espía.

—Inteligente actitud. De momento es mejor que no se mueva de ahí. Ya le diré algo, si es que se produce alguna novedad.

—De acuerdo. ¿Dónde está ahora?

—Componiendo mi maquillaje —sonrió Brigitte—. Pero voy a volver inmediatamente al bar.

—No sea precipitada. Esa mujer, si tiene fama, será por algo… Y tampoco haga demasiado caso si ese par de pájaros no le parecen demasiado listos. No olvide que la mejor máscara del espía es la de parecer más tonto que una piedra.

—Pareceré tonta como una piedra. Hasta luego, Simón.

Salió de la *toilette*, simulando que regresaba uno de sus útiles de maquillaje al bolsito, y se dirigió hacia el mostrador, sin mirar directamente hacia donde había visto por última vez a la pelirroja y a los dos espías localizados. Pero, en realidad, mirando con toda su atención hacia aquel punto.

Y tuvo que hacer un esfuerzo para conservar su indiferencia cuando lo vio vacío: ni la pelirroja ni ninguno de los dos hombres estaban ya allá, en la punta del mostrador. Ni tampoco en alguna de las mesitas del bar…

Se habían marchado.

Brigitte se las arregló para desviar sus pasos hacia la salida del bar, con toda naturalidad, como si realmente sus intenciones al salir de la *toilette* hubiesen sido abandonarlo directamente. Tenía que encontrar a la pelirroja y a los dos hombres… Porque se le hacía difícil creer que ellos dos hubiesen bajado al bar solo para luego regresar con la espía a una de sus habitaciones, o a la de ella misma… No, no. Si habían bajado era que no pensaban celebrar la reunión en ninguna de las tres habitaciones, que pensaban salir del hotel…

Salía tan de prisa del bar que tropezó con el hombre que iba leyendo un libro. O quizá fue el hombre quien tropezó con ella. Lo cierto fue que el libro y la pipa del hombre saltaron por el aire, y que él quedó tambaleante, mirando con ojos asustados a Brigitte a través de los cristales de sus lentes de gruesa montura.

Por un instante Brigitte estuvo a punto de echarse a reír, pero le pareció una crueldad hacia el sobresaltado desconocido.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento de veras, señor. Perdone.

El hombre dejó de parpadear y adoptó una expresión hosca, irritada.

—Sería conveniente que mirase por dónde anda, señora.

—Señorita. Y ya le he dicho que lo siento.

—Es fácil disculparse…

Sin dejar de refunfuñar el hombre de los lentes recogió el libro y la pipa. Examinó ambas cosas mirando de reojo a Brigitte, malhumorado, pero ella ya se dirigía prestamente hacia la salida del hotel atravesando el acogedor vestíbulo, completamente olvidada de aquel individuo flaco, de hombros estrechos y hostil mirada gris.

Ni siquiera como hombre podía llamar la atención de la bella espía: su estatura era mediana, no tenía buen gusto en el vestir, resultaba desgarbado, su pipa olía casi de modo ofensivo, y, además, tenía mal genio…

Brigitte salió a la marquesina del hotel, mirando a todos lados, pero no consiguió localizar ni a la pelirroja ni a los dos espías. Era ya de noche, osplaba un viento más bien helado, y a pocos pasos, por poco que una persona apretase el paso, podía perderse entre cientos de abetos, tomar cualquier camino.

Súbitamente malhumorada Brigitte entró de nuevo en el hotel. Pensó en volver al bar, pero aquello nada iba a solucionar. Se encontraba completamente desorientada en un lugar donde ella había creído poco antes que todo iba a ser fácil, donde le había parecido que todo cuanto ocurriese iba a estar bajo su control… O bajo el control de Marya Fekova. Mala suerte.

Y equivocarse es aprender.

Se dirigió hacia la escalera de madera que llevaba a los pisos destinados a habitaciones. Pero no llegó al segundo, donde tenía su habitación, sino que se detuvo en el primero, pensativa. De pronto se dirigió a la puerta señalada con el número cinco. Llamó, esperó a oír la voz de hombre preguntando, y entonces acercó sus labios a la juntura de la puerta:

—Soy yo, Simón: Brigitte.

Capítulo III

La puerta se abrió inmediatamente, una mano grande y fuerte apareció, asió a Brigitte de un brazo, y tiró con fuerza hacia adentro. La divina se encontró en una habitación oscura, todo cerrado. No veía absolutamente nada.

—¿Está loca? —masculló Simón—. ¿Qué demonios hace aquí ahora?

—Se me han escapado.

—¡Se le han escapado! —Casi gritó Simón—. ¡Esto es increíble! ¿En qué está pensando?

—No se ponga nervioso —dijo secamente Brigitte—. Y encienda la luz… No me gustan los misterios baratos.

—Pues tendrá que soportarlos… ¿Qué malditos demonios significa eso de que se le han escapado?

—Ellos tres hablaron algo en el mostrador, pero yo tuve que ir a la *toilette* cuando usted me llamó varias veces. Y al salir de la *toilette* los tres habían desaparecido. Creo que su llamada fue bastante inoportuna.

—Pues lo siento de veras… Tendremos que repartirnos las culpas.

—Eso está mejor —sonrió ella—. Y ahora encendamos la luz, si le parece bien.

—Me parece muy mal, preciosa. Mi cara importa poco y, además, usted ya la conoce, supongo…

¿Acaso no le mostraron una fotografía mía?

—Precisamente por eso. Quiero asegurarme de que estoy hablando con mi querido Simón, no con otra persona… Tengo algo importante que decirle.

—¿Sí? Bien, adelante, adelante…

—Estoy viendo ya su silueta, y tengo en mi mano una pistola capaz de matarlo. Si antes de tres segundos no ha encendido la luz

creo que voy a disparar.

—No se ponga nerviosa. Encenderé la luz.

—De acuerdo. Uno, dos, t…

La luz se hizo en la habitación, y para entonces Brigitte había cambiado ya de lugar. Estaba tres pasos más a la izquierda del lugar donde, al parecer, esperaba encontrarla el agente de la CIA.

—Es usted cauta —sonrió Simón—: me gusta.

—Y usted me gusta a mí —sonrió ella—, porque es el hombre cuya foto me enseñó nuestro jefe… ¿Cómo va el trabajo?

—Iba bien hasta que usted perdió la pista de esos tres personajes… ¡Maldita sea, muñeca, ¿se da cuenta de que esa salida de los tres puede ser muy importante?!

Brigitte subió su falda y se enganchó de nuevo la pistola en el muslo, bajo la turulata mirada de Simón.

—Todo es importante en la vida, Simón.

—Acabo de convencerme de ello —aceptó de buen talante el espía yanqui—. Espero que esa pierna que he visto no sea ortopédica.

—¡No! —rio Brigitte—. Es de carne y hueso. ¿Acaso no vio jamás otra igual?

—Pues no… Pero todavía estoy a tiempo…, si usted quiere.

—Quizás en otro momento. ¿Puedo ver la instalación que tiene montada?

—Cómo no.

Entraron los dos en el dormitorio. Simón tenía montada la instalación de grabación por micrófono dentro de una cesta de mimbre en la que se suponía solo debía haber truchas al regreso del lago. No obstante la cesta olía convincentemente a pescado, y todo quedó mucho mejor cuando Simón, sonriendo, colocó encima del aparato un montón de hilo de nylon enredado de tal modo que era poco menos que una malla tan tupida que no dejaba ver nada a su través.

—Si colocamos encima un par de truchas la cosa queda mejor. A falta de truchas dejo el carrete, a veces tabaco, o una revista o libro. ¿Le gusta?

—Psé… ¿Qué hace con las cintas ocupadas?

—Las guardo, si hay en ellas alguna grabación, por insignificante que parezca. De lo contrario voy utilizando siempre la

misma cinta, a la espera de algún desliz de esa gente.

—Ya tuvieron uno —musitó Brigitte—, pero yo lo he estropeado todo.

—Así es.

—Quizás haya otra ocasión.

—Quizá. Pero de momento, después de haberlo tenido todo bien controlado, los hemos perdido… Cualquiera sabe dónde están ahora y qué es lo que están tramando.

—Paciencia. ¿Ha estado en las habitaciones de esa gente?

—Por supuesto. Bueno, me refiero a las de ellos. No hay allá nada importante, nada que merezca la pena.

—¿Está seguro?

—Siempre está usted a tiempo de dejarme en ridículo —sonrió él mordazmente—. Vaya a ver si encuentra algo, muñeca. Y ojalá que así sea. Aunque me pregunto qué más necesitamos saber para echarles el guante a esos dos tipos y a la pelirroja. Ellos son dos espías soviéticos fugados de Estados Unidos, y ella es Marya Fekova… ¿Qué estamos esperando?

Brigitte tomó un cigarrillo del paquete de Simón, lo encendió, y miró con burlona amabilidad al agente.

—¿Con qué pesca usted, Simón?

—¿Cómo dice?

—Entiendo que es un aceptable pescador, ¿no?

—Bueno… Sí. Realmente, creo que soy un buen pescador.

—¿Qué cebo utiliza?

—Pues… Demonios, según la ocasión: mosca, cucharilla, cebo vivo…

—¿Cebo vivo?

—Claro.

—¿No le parece una tontería?

—¿Usar cebo vivo? Oiga, nena, precisamente ahí es donde los peces pican más, especialmente en el mar. Usted pone cebo vivo y se llena la cesta… ¿Está claro?

—Sigue pareciéndome una tontería… ¿Por qué desperdiciar un cebo vivo, que posiblemente estaría muy sabrosito al horno, total para correr el riesgo de que los peces no piquen… y perder el cebo y la pesca?

—Porque vale la pena arriesgar un pececito pequeño con tal de

ver si se consigue pescar uno mucho mayor, y así… —Simón se echó a reír, de pronto—. ¡De acuerdo, usted tiene razón, y yo lo sé! Hay que dejar vivo ese cebo a ver si conseguimos algo más.

—Entonces ¿a qué viene esa tontería de decirme por qué no los atrapamos ya?

—Me ha fastidiado que usted los dejase escapar.

—Eso le pasa a cualquiera. ¿Ha revisado la habitación de Marya Fekova?

—No he tenido oportunidad.

—¿De veras? Bien, vamos a arreglar eso ahora mismo, aprovechando que ella y los otros dos salieron a dar un paseo… ¿Qué habitación tiene la Fekova?

—La ocho.

—Eso está en mi piso… Iré a echar un vistazo. Dentro de unos minutos le diré si he descubierto algo importante.

—No creo que encuentre nada. Esa mujer es muy lista.

—¿No cree que todos ustedes están exagerando un poco?

—¿Tiene celos? —sonrió él—. ¿Cree que usted es la mejor espía del mundo?

—Bueno… Digamos que cuando esto termine la cuestión quedará aclarada. O mi cabeza…, o la de Marya Fekova. Hasta luego; y esté atento, por favor… Oh, una cosa: ¿qué me dice de un tipo llamado Lon Carmody, pelirrojo, con todo el aspecto de un norteamericano impertinente y presuntuoso, que además bebe a todo ritmo?

—Ya sé. Llegó hace dos días. Vino aquí, tomó una habitación y se dedicó a pescar por las mañanas y a beber por las tardes… ¿Ha ocurrido algo con él?

—Por ahora no. ¿Qué habitación tiene?

—La diez.

—Vaya… Otro vecino mío. Es usted una enciclopedia.

—Me limito a hacer mi trabajo —dijo secamente Simón.

—Pues yo voy a intentar justificar el gasto que le origino a la CIA —rio Brigitte—. Hasta luego. —Se disponía a marcharse, pero se detuvo, reflexiva, y murmuró—: ¿Sabe una cosa?: creí que estaría usted disfrazado de algo exótico.

—¿La he decepcionado?

—No, no…

Salió de la habitación riendo. Fue al piso de arriba, donde tenía la suya y donde, además, estaban las de Marya Fekova, es decir, la falsa Gloria McIntosh, y la del llamado Lon Carmody. En primer lugar fue a la suya, de donde salió bien provista de una ganzúa escogida de entre las varias que componían su equipo.

Había elegido bien, porque no le costó lo más mínimo abrir la puerta de la habitación ocho, correspondiente a Marya Fekova. Entró rápidamente, cerró tras ella, y quedó pegada a la puerta, conteniendo la respiración. El silencio era absoluto allí dentro, y la oscuridad no podía ser más impenetrable. Dio la luz de su pequeña linterna, también tomada del equipo especial, y la desplazó velozmente por la habitación, compuesta de una pequeña salita y el dormitorio propiamente dicho, que, como el suyo, tendría el cuarto de baño anexo. Caminó resueltamente hacia el dormitorio, sin hacer ruido. Generalmente allí solía estar lo más importante de un equipaje, si juzgaba por su propio comportamiento. Claro que siempre hay trucos y escondrijos que a veces resultan poco menos que imposibles de descubrir, pero todo era intentarlo. Y si disponía de tiempo…

Acababa de entrar en el dormitorio, arrastrando la luz de la linterna por el suelo; una delgadísima raya de luz, que solo le servía de orientación y para mirar objetos muy cercanos… Vio la mesita, parte de un butacón, los bajos de un armario…

Más que oír el ruido lo que la alertó fue su sexto sentido, que tantas veces la había avisado; aquel estremecimiento extraño, casi violento, como un frío que recorriese todo su cuerpo.

Quiso volverse, iniciando ya el movimiento de su mano hacia el muslo en busca de la pistolita; pero una mano áspera, dura, grande, se clavó en su boca, al mismo tiempo que recibía un feroz puñetazo en los riñones que la dejó sin aliento, petrificada. Después algo duro y elástico a la vez le golpeó en la nuca, secamente, velozmente… Todo lo que supo Brigitte, por un instante, antes de perder el conocimiento, fue que le habían aplicado un atemi de judo.

* * *

Abrió los ojos, pero no vio nada. Parpadeó lentamente primero, sorprendida, y quedó tensa inmediatamente al recordar lo sucedido.

No se movió. Notaba ahora el contacto del suelo con su mejilla, y se notaba un poco aplastada…

Exacto: estaba tendida de bruces en el suelo de la habitación de Marya Fekova, con la cabeza ladeada. La habían golpeado.

Se incorporó, despacio. Lo primero que hizo fue palpar en su pierna, en busca de la pistola. Allí estaba. Luego sus manos se deslizaron por el suelo, en busca de la pequeña linterna. Notaba una sensación dolorosa en los riñones, y algo de pesadez en la cabeza. Pero le dolían más los riñones. El golpe había sido duro, brutal, paralizante… Encontró la linterna, y todavía no la había encendido cuando oyó el débil zumbido de su radio, cerca de ella. Había seguido el consejo de Simón de llevar su radio fuese a donde fuese, y ahora parecía que tal actitud iba a resultarle de utilidad. El zumbido se estaba repitiendo, y Brigitte localizó al fin el bolsito, malhumorada. Era evidente que el hombre que la había golpeado había utilizado su propia linterna para examinar su rostro; y que luego había dejado la linterna apagada. Tenía que ser así, porque Brigitte estaba segura de que no había podido apagar la linterna antes de ser golpeada.

Ello significaba, pues, que ya había alguien que la tenía identificada como persona capaz de manejar ganzúas, y que, por supuesto, sabía que sentía interés por la mujer llamada Gloria McIntosh…

Y sin embargo no la habían matado. Para aquel hombre que sabía utilizar el judo de modo tan fulminante y contundente nada podía haber resultado tan sencillo como estrangularla.

Estos pensamientos pasaron por la mente de Brigitte en menos de un segundo, el tiempo que necesitó para atender la llamada a su pequeña radio.

—¿Sí? —musitó.

—Gracias a Dios —sonó tensa la voz de Simón—… ¿Dónde está ahora?

—En las habitaciones de la Fekova.

—¡Salga de ahí inmediatamente! Ella y los otros dos han regresado, los he visto por la ventana… Lo mismo pueden quedarse en el bar que subir a sus habitaciones.

—Gracias, Simón.

—¡Dese prisa!

—No se preocupe. Adiós.

Cortó la comunicación, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Movió el pomo, que cedió suavemente, y abrió apenas dos centímetros…, para cerrar inmediatamente, sobresaltada: Marya Fekova estaba en el pasillo, caminando hacia allí. En menos de cinco segundos llegaría a la puerta, entraría…

Brigitte corrió hacia el dormitorio, lanzando por delante suyo el rayito de luz para evitar cualquier tropezón delator. Llegó allá sin novedad, y dirigió entonces la luz hacia la ventana, que daba, como todas, al exterior del hotel. Pero comprendió que no tendría tiempo de salir por allí antes de que Marya Fekova entrase en las habitaciones.

En el preciso momento en que la puerta de estas se abría Brigitte entraba en el cuarto de baño, cerrando silenciosa y rápidamente tras ella. Oyó las pisadas de la Fekova, resonando con fuerza las botas de montaña en el piso. Se volvió hacia la ventana del cuarto de baño, única pieza que la tenía hacia el interior del hotel. La abrió y se encaramó ágilmente, notando con más intensidad el dolor de los riñones.

Salió por ella al patio de luces, oscuro y silencioso. Todas las ventanas estaban cerradas. Se sujetó a una gruesa cañería, y se disponía a atraer la ventana para cerrarla cuando por el hueco salió un raudal de luz, sobresaltándola tanto que estuvo a punto de perder su asidero al echarse hacia un lado rápidamente.

De nuevo oyó las pisadas de Marya Fekova. La ventana se cerró, y oyó el sonido del cierre al ser echado. Luego, de nuevo los pasos… La luz se apagó, pero todavía llegaba hasta allí la del dormitorio, que desapareció cuando Marya Fekova cerró la puerta el cuarto de baño.

Brigitte contuvo un suspiro de alivio. Pero tuvo que empezar a preocuparse de nuevo al examinar su situación. Las cañerías eran gruesas y parecían fuertes, pero, por supuesto, no estaban calculadas para soportar el peso extra de una persona. No obstante, esperaba que todo fuese bien si naie encendía ninguna luz. A ella le bastaría la de las estrellas para orientarse hacia sus habitaciones.

Si había salido de la ocho, ocupada por Marya Fekova, la once, es decir, la suya, estaría tres ventanas más allá…

Se deslizó pegada a la pared, colocando en ella las manos como

si tuviese la esperanza de que actuasen de ventosas. Sus pies se deslizaron lentamente por la cañería, hacia la izquierda. Cuando llegó a la siguiente ventana se sujetó con fuerza en el alféizar, recobrando el aliento. Luego se quitó los zapatos, y entonces pudo desplazarse con más rapidez y seguridad… Poco antes de llegar ante la ventana del cuarto de baño siguiente vio el débil resplandor que había en el interior. Y cuando llegó allí, dispuesta a descansar también unos segundos, aprovechó el momento para echar un vistazo: la puerta del cuarto de baño estaba entreabierta, y por la rendija vio a Lon Carmody tendido en la cama, dormido al parecer… Exceso de *whisky*.

Por fin llegó ante su ventana. Sacó la ganzúa, consiguió introducirla entre las dos hojas, y alzó el pestillo. Empujó cuidadosamente, abrió ambas hojas, y por fin entró en su cuarto de baño. Salió de él sin encender la luz y cerrando la puerta. Luego fue hacia la mesita de noche, dio la luz de la lamparilla, y se dejó caer en la cama, soltando ahora un largo y profundo suspiro de alivio. Ciertamente podía haber hecho frente a la Fekova, incluso con ventaja para ella… Pero para hacer eso lo mismo daba hacer una redada dentro del hotel, sin preocuparse por el escándalo.

No, no…

Marya Fekova tenía fama de inteligente, y merecía algo más que un simple balazo en el estómago. Eso llegaría a su debido tiempo, como «premio» por haber matado a tres agentes de la CIA en Europa… Pero antes sería conveniente saber qué era lo que estaba tramando la espía soviética.

Estuvo unos minutos descansando y pensando. Finalmente, llegó a la conclusión de que lo mejor sería cambiarse de vestido y bajar a cenar.

Al incorporarse volvió a notar el dolor en los riñones y frunció el ceño.

Una cosa era segura: quienquiera que la hubiese golpeado iba a lamentarlo, más pronto o más tarde. Y no solo por los golpes, sino por los momentos de apuro que había pasado luego, al recobrarse justo a tiempo de escapar de allí sin haber tenido tiempo siquiera para echar un vistazo de experta al equipaje de Marya Fekova.

Capítulo IV

El comedor estaba en el bar, a un lado. O sería mejor decir que el bar estaba en un rincón del comedor. Este se hallaba en aquel momento más concurrido que aquel, más animado.

La primera persona que vio Brigitte fue Simón, sentado solo a una de las mesitas redondas, cenando pacíficamente. Él también la miró, pero, por supuesto, todo lo que apareció en los ojos del agente de la CIA fue una expresión admirativa lógica en cualquier hombre. Más al fondo vio a Marya Fekova, que había cambiado sus pantalones largos y el chaquetón por un ligero y bonito vestido adecuado al momento. Carson Bowles y Dale Parks ocupaban otra mesa, cerca de la Fekova, que también cenaba sola, y de cuando en cuando parecían decirle algo que causaba agrado en la hermosa pelirroja de ojos verdes.

El resto de los huéspedes del hotel se repartían por matrimonios, y un grupo de tres hombres que parecían pasarlo estupendamente y cuyas expresiones, palabras y gestos no podían ser más claras: la conversación giraba en torno a la pesca… En aquel momento dos de ellos rieron incrédulamente cuando el otro separó las manos mostrando el tamaño de una pieza que «cierto día pescó».

Al fondo de todo estaba la gran chimenea, con un estupendo fuego que convertía en gratísimo el ambiente. A un lado había un gran televisor, pero apagado; nadie le hacía el menor caso.

Indudablemente, aquel era un buen lugar para pasar unas cortas y sedantes vacaciones.

—¿Cerca del fuego?

Brigitte se volvió y sonrió al camarero, un muchacho joven de mirada un tanto descarada.

—No demasiado, por favor.

La llevó a una mesa, la ayudó a sentarse, y le entregó la carta. Brigitte encargó su cena, dejó la carta sobre la mesa, y encendió un

cigarrillo, un tanto torpemente, ya que necesitó maniobrar varias veces antes de conseguir la llamita deseada… Lo cual era un modo como otro cualquiera de hacer tiempo para conseguir tomar fotos de todos los presentes, incluido el simpático y eficiente Simón.

—¿Puedo invitarla a un aperitivo?

Brigitte se quedó mirando con indiferencia al hombre de la pipa y el libro. Tenía la voz algo destemplada, quizás un tanto estridente, pero su tono era educado, cortés. Vestía bien, y en aquellos momentos la mirada gris era amable tras los cristales de los lentes. Brigitte le calculó unos treinta y cinco años, quizá cuarenta… Había algo de juvenil y simpático en aquel rostro; algo suave, amable.

—Encargué ya la cena —dijo Brigitte un tanto secamente.

—Sí… Lo he observado. Sin embargo, temo que todavía tardarán unos minutos en servírsela… ¿Puedo sentarme?

—¿Puedo serle sincera, señor?

—Se lo ruego.

—Usted me pareció bastante descortés antes.

—Sí. Yo…

—Comprendo que la culpa fue mía, porque salí precipitadamente… Pero le pedí disculpas, ¿no es cierto?

—Sí, así es… Precisamente mi intención actual es rogarle que me perdone mi brusquedad de antes. Creo que estaba demasiado entusiasmado con el libro… Además, me tiró también la pipa.

—Lamentable, lo admito.

—Bien… Yo acepto sus disculpas, señorita… ¿Va a negarse usted a aceptar las mías?

Brigitte sonrió dulcemente.

—Siéntese, señor…

—Gracias. Mi nombre es Pierre Doré… ¿Estoy perdonado?

—Desde luego. ¿Es usted canadiense?

—De Quebec, sí… ¿Puedo pedir que traigan ya los *martinis*?

—Por supuesto.

Pierre Doré se volvió hacia un camarero que estaba esperando con una bandeja que contenía ya los dos *martinis*, y el muchacho se acercó prestamente y los sirvió. Brigitte bebió un sorbito del suyo y miró irónicamente a Doré.

—Entiendo que confiaba usted completamente en sus dotes de persuasión, señor Doré: ya tenía encargados los dos *martinis*.

—Sí. Bueno, yo soy un hombre que no le gusta perder el tiempo… Oh, en cosas que nada significan, se entiende. Es evidente que si usted no hubiese aceptado mis disculpas habría tenido que tomarme los dos *martinis* yo solo… Pero eso no significa ninguna… hecatombe. Sin contar con que no hay nada tan sencillo como dejar de tomarse un *martini*.

Brigitte casi rio.

—En efecto: creo que no puede haber nada tan fácil como no hacer una cosa.

—Pero no siempre, señorita…

—Montfort. Brigitte Montfort.

—Es un placer… De veras.

—Lo imagino —rio ahora la divina, ya francamente—. Pero no me decepcione, señor Doré.

—¿En qué sentido?

—Antes se me acercó aquel muchacho… Oh, usted no estaba… Bueno, el americano llamado Lon Carmody…

—Ah, sí… Creo que ese muchacho concede demasiada importancia al *whisky*. Lleva aquí dos días, me parece, y su ocupación preferida es beber. Hay que lamentarlo por él.

—Sin duda… Pues bien: él me decepcionó. Me abordó, intentó seguir la charla conmigo…, y luego él mismo dio a entender que ya había fracasado antes con aquella chica pelirroja. ¿Fracasó usted también con ella, señor Doré?

—No he intentado el abordaje —sonrió el canadiense, mostrando unos estupendos dientes blanquísimos—. La verdad es que no soy hombre de… ataque.

—No entiendo.

—Quiero decir que soy más bien tímido.

—Oh… Bueno, no lo ha demostrado conmigo.

—Soy de la opinión de que la timidez debe vencerse cuando lo exige la cortesía. Ese ha sido mi caso.

—¿Quiere decir que no habría intentado hablar conmigo de no ser para disculparse?

—Me temo que ha acertado.

—Señor Doré —sonrió Brigitte—, ¡eso es otra descortesía de su parte!

—¿O… otra… descortesía? —Casi se sonrojó Doré—. Le ruego

que me perdone, pero no… no era mi intención… Perdone, creo que no entiendo…

—¿Le parezco fea?

—¡No, no…! ¡Por Dios…!

—Entonces ¿consideraría que no valía la pena cenar conmigo?

—¿Cenar con…? Espere… Le ruego… Señorita Montfort, yo…

—He entendido muy bien que no le resulto interesante, señor Doré.

—¡Pero es todo lo contrario…! —exclamó él, estridente la voz—. He querido decir que no me habría atrevido a esperar que usted me hiciese el menor caso…

—Ah… Bueno, pero ¿por qué no?

Las cejas de Pierre Doré se alzaron en gesto de asombro.

—Creo que no se ha fijado bien en mí, señorita Montfort.

—¿A qué se refiere?

—Bueno… Mi estatura, llevando usted zapatos de tacón alto, resulta un poco ridícula, usted es entonces más alta que yo. Y si observa mi… tipo y mi cara no creo que llegue a la conclusión de que soy un hombre de los que llaman… apuesto y varonil.

—Es cierto —sonrió Brigitte.

—¿Se da cuenta? Otra cosa sería si mi aspecto fuese como el de aquellos dos hombres que acosan continuamente a la pelirroja. O quizás el del rubio solitario… Incluso los tres pescadores me parecen de lo más… apuesto. Siempre, comparados conmigo, claro. Como comprenderá no voy a engañarme a mí mismo.

—Es una postura inteligente. Sin embargo, hay cosas que a veces interesan más que unos hombros anchos o metro ochenta de estatura.

—¿De veras? ¿Qué cosas?

—La inteligencia. Una charla amena y culta, por ejemplo.

—Bien… Quizá tenga razón, pero temo que no lograría interesar a una chica como usted con esos… atractivos.

—De nuevo me está ofendiendo —sonrió Brigitte—. ¿Insinúa que yo no podría sostener una charla culta? Pierre Doré casi se atragantó con el martini.

—No… no he querido… decir eso… ¡Claro que no he querido decir eso!

—Le creo… ¿A qué se dedica usted?

—Oh, pues… Bueno, pertenezco a ese género raro llamado escritores.

—¿Lo considera un género raro? ¿De nuevo intenta ofenderme?

—Pe-pero, por Dios, señorita… No, no… ¿Ofenderla? ¿Por qué?

—Yo también soy escritora. Pierre Dore quedó boquiabierto.

Pareció que el martín fuese a escapar de su mano. De pronto su rostro se iluminó alegremente.

—¿De veras? —exclamó—. ¡Maravilloso! ¿Qué… qué escribe usted, si puedo saberlo?

—Soy periodista.

—Oh…

—¿Lo he decepcionado?

—No, no… Bueno, ocurre que la señorita McIntosh también es periodista… Me ha extrañado… No, esa no es la palabra… Digamos que me ha sorprendido un poco, eso es todo.

—¿No considera escritor al periodista?

—Sí, sí… Por supuesto.

—También he escrito un par de libros —sonrió Brigitte.

—¡Magnífico! ¿Sobre qué?

—Uno de ellos se titula *¿Quiere usted cultivar amapolas silvestres en su terraza?* Y el otro *Las ballenas nacen pequeñitas*.

Pierre Doré se quedó mirando, atónito, a la bellísima espía.

Estuvo así unos segundos, y de pronto se echó a reír alegremente.

—¡Es usted deliciosa! —exclamó—. Creo… Bueno, creo que voy a atreverme a pedirle que cene conmigo.

—¿De veras va a atreverse?

—Pues… Bueno, sí.

—Adelante entonces. Atrévase.

Doré volvió a reír. Estaba encantado de la vida, y los grises ojos brillaban alegremente. Parecía más joven en aquel momento, casi infantil su rostro normalmente serio, casi taciturno.

—¿Quiere cenar conmigo, señorita Montfort?

—Con mucho gusto.

—Gracias… Oh, es usted muy amable y simpática… Debió llegar hace cuatro días.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque yo llegué entonces, y creo que me habría muerto de

aburrimiento de no haberla abordado ahora a usted.

—¿Y antes de llegar yo?

—Me consolaba con algunos libros. Y respecto a libros…, han sido muy graciosos esos títulos que usted ha inventado ahora… ¡Muy graciosos!

—No me los he inventado ahora —rio Brigitte—. Le aseguro que es cierto que he escrito esos libros.

—¿De veras? Bueno, imagino que no habrá vendido muchos ejemplares…

—¿Por qué?

—Porque eso de las amapolas silvestres en la terraza y lo de las ballenas pequeñitas… Oh, vamos, no creo que mucha gente se sienta interesada por esas cosas.

—Está usted en un error. Son dos novelas policíacas.

—¿Cómo dice?

—Dos novelas policíacas. En una de ellas, la titulada *¿Quiere usted cultivar amapolas silvestres en su terraza?*, la víctima es escondida en unos grandes tiestos de la terraza. Y el asesino, para justificar la ausencia de plantas en esos tiestos, coloca encima las semillas de unas amapolas silvestres y dice a todo el mundo que nadie debe tocar allí, porque quiere ver qué pasa. Naturalmente está buscando la ocasión de deshacerse del cadáver de un modo definitivo. En la otra, titulada Las ballenas nacen pequeñitas, resulta que el asesino es un enano, y que…

Pierre Doré se echó a reír sin poder reprimirse. Brigitte también rio, pero acabó frunciendo el ceño.

—Son unas buenas novelas —refunfuñó.

—¡La creo! —siguió riendo el canadiense—. ¡Pero, por favor, no me cuente el final…! ¡Compraré esas novelas!

—Estupendo… ¡Ya he conseguido mi propósito! Eso significa dos ejemplares más vendidos.

Ahora rieron los dos.

Brigitte encontraba agradable la risa fina, casi aguda, de Pierre Doré, y empezaba a pensar seriamente que un hombre puede tener algo más que anhura de hombros y buenos músculos. Indudablemente Doré era un hombre refinado, elegante. Tenía las manos finas, sensibles, la boca bien dibujada, la mirada inteligente…

Estaban tomando el café cuando Brigitte vio levantarse a Marya Fekova.

Y, para su sorpresa, la espía soviética se acercó a su mesa y dijo, sonriente:

—Mi nombre es Gloria McIntosh… Entiendo que ambas tenemos la misma profesión, señorita Montfort.

Brigitte la miró amablemente.

Le pareció interesante aquel enfrentamiento directo entre dos mujeres espías, ambas tan seguras de sí mismas. Naturalmente era de esperar que Marya Fekova supiese a qué atenerse respecto a la rival que había aparecido ante ella, tanto en hermosura como en profesión… Y no era la de periodismo, precisamente. Con todo, Marya Fekova, o Gloria Mc Instosh, estaba demostrando una audacia considerable, digna de una buena espía.

—Así lo entendí antes, cuando el señor Doré la mencionó casualmente, señorita McIntosh. ¿También él habló con usted de mí?

—Imposible… No ha habido ocasión de eso… Me enteré en la conserjería. En el libro registro consta su nombre y profesión… Le ruego que me perdone si le parezco indiscreta. La verdad es que fue casual.

—No se preocupe… ¿Quiere tomar el café con nosotros?

—Encantada. La verdad es que los estaba envidiando… Parecen tener una charla divertida.

—Incluso muy interesante —sonrió Doré—. Pierre Doré, señorita McIntosh. A sus pies.

Gloria McIntosh se sentó, sonriendo.

—Espero no parecerles entrometida… Me dije que quizá debía presentarme, y gozar de su buen humor.

—Nos encanta su presencia —aseguró Doré—. En cuanto a mí, creo que soy el hombre más envidiado del mundo en estos momentos… ¿Qué pensarán sus admiradores, señorita McIntosh?

—Pues… Tendrán que esperar a mañana, supongo.

Rieron los tres. Un camarero trajo café para Marya Fekova.

—¿Les gusta la pesca a ustedes? —preguntó esta.

—Bastante —admitió Doré—. ¿Por qué?

—He pensado que si mañana no salían a pescar podríamos llegarnos a Toronto… ¿Conocen esa ciudad?

—Sí —dijo Doré.

—Yo muy poco —admitió Brigitte—. Pero no me parece buena la idea de ir allá. Precisamente, señorita McIntosh, el señor Doré y yo estamos aquí para descansar de la ciudad… ¿Le gusta a usted la pesca?

—En absoluto.

—Oh… Bueno, es lamentable. La habríamos invitado mañana por la mañana… ¿De verdad no le gusta la pesca? —Pareció asombrarse Brigitte.

—Pues no, lo siento.

—Pues entonces… ¿qué hace usted en un lugar como este?

—Descanso un poco, antes de emprender un viaje por todo Canadá. Tengo proyectada una serie de artículos para el Daily Express, de Londres, respecto a lo que fue Canadá y lo que es actualmente.

—Interesante proyecto —admitió Doré—. Quizás en eso puede yo serle de utilidad.

—¿De veras? ¡Se lo agradecería tanto…!

—Cuente conmigo… Pero no ahora. Ni mañana. Oh, temo que mientras estemos aquí yo preferiría pescar… ¿Pasará usted por Quebec?

—Naturalmente.

—Le daré mi dirección allí. Temo que no podré estar aquí muchos días más. Tengo ya todos los datos para mi próximo libro, y deberé regresar para escribirlo a toda prisa… Los editores son seres curiosos.

—¿Curiosos? —inquirió Brigitte—. ¿Por qué?

—O demuestran una indiferencia desesperante, o agobian al autor con peticiones de libros y más libros… Claro está, siempre es preferible el agobio del trabajo que la indiferencia de los editores.

—Por supuesto.

—Recuerdo una vez…

Hacia las once de la noche Brigitte se puso en pie, y Pierre Doré la imitó inmediatamente.

—¿Se retira ya, señorita Montfort?

—Si hemos de salir temprano a pescar…

—Es cierto. Bueno, la charla era tan interesante que no me he dado cuenta del tiempo que ha pasado… Creo que yo también me

retiraré. ¿Sube usted, señorita McIntosh?

—No tengo ni pizca de sueño. Creo que iré a consolar a mis admiradores, aceptándoles alguna invitación.

Rieron los tres, cambiaron unas palabras de despedida, y Gloria McIntosh se dirigió hacia la mesa donde estaban Parks y Bowles, ahora en el bar. Pero se volvió rápidamente hacia ellos.

—Oh, mañana podríamos almorzar juntos…

—Quizá regresemos tarde del lago —advirtió Brigitte.

—Claro… Bien: ¿qué les parecería una partida de *bridge* por la tarde?

—Es una buena idea.

—Buscaré al cuarto jugador… Hasta mañana.

Se fue ya definitivamente hacia los dos espías, mientras Pierre Doré y Brigitte salían del comedor y emprendían la ascensión de la escalera hacia los pisos donde estaban las habitaciones.

—¿En cuál está usted, señor Doré?

—En la cuatro, primer piso. ¿Y usted?

—Tendré que subir algunos escalones más: la once, en el segundo.

—La acompañaré.

—Oh, no se moleste…

—No quisiera cometer ni una sola descortesía más con usted. Subiré… A menos que prefiera lo contrario.

Brigitte se limitó a sonreír. Se tomó de una mano de Pierre Doré y subieron, en silencio. Sí… Manos sensibles, finas, delicadas, de artista. Lo que, al fin y al cabo, era Pierre Doré. Durante la velada Brigitte había tenido tiempo sobrado para comprender que aquel hombre no necesitaba músculos ni gran estatura para resultar agradable, incluso atractivo. Un atractivo extraño, dulce, inesperado, sorprendente… Pero atractivo. En realidad Brigitte se sentía desconcertada respecto a Pierre Doré. Pero le gustaba. A pesar de aquel algo extraño, tímido, delicado, le gustaba…

Se detuvieron los dos delante de la puerta marcada con el número once, y Pierre Doré tendió su diestra.

—¿A las seis? —sugirió.

—A las seis —sonrió Brigitte—. Ha sido muy amable al ofrecerme uno de sus equipos de pesca, Pierre. Mañana mismo compraré uno en Trent River que sustituya al que dejé ya viejo y

destrozado en Nueva York.

—Puedo prestárselo siempre que quiera, señorita Montfort…

Ella sonrió, y, de pronto, rodeó tiernamente el cuello de Doré con sus brazos.

—Tendrás que llamarme Brigitte simplemente.

—Sí… Bien… Buenas noches…

La espía sonrió más dulcemente. Acercó sus labios a los Doré y depositó allí un beso suave, lento… Notó la tensión en aquella rigidez… Se apartó, y lo miró incrédulamente.

—No puedo creerlo, Pierre… ¿Es la primera vez que besas una mujer?

—Temo… temo que así es…

—Y sin embargo… ¡tus labios son tan dulces, Pierre…!, vamos, creo que me estás engañando…

—No te engaño. Ya te dije antes que… que no soy la clase hombre en el que se fijan… las mujeres.

—Discúlpalas —susurró Brigitte—. No todas pueden captar la ternura de un hombre. Lo que se ve puede más que lo que se siente.

—Sí… Sí, eso debe de ser… Bien, yo… Buenas noches, Brigitte.

—Buenas noches.

Lo volvió a besar, y ahora Pierre Doré correspondió ligeramente al beso. Luego, un poco pálido, dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

Capítulo V

A las seis menos cinco minutos de la mañana, ya vestida y preparada para salir a pescar, Brigitte accionó su pequeña radio de bolsillo.

La respuesta no tardó ni siquiera cinco segundos, si bien la voz de Simón era soñolienta, un tanto pesada:

—¿Sí?

—¿Estaba durmiendo?

—Encanto, hasta los murciélagos duermen, en un momento u otro… ¿Qué se le ofrece?

—Anoche quedé citada con Pierre Doré para las seis de la mañana. Nos vamos de pesca.

Brigitte sonrió al oír el respingo, y se imaginó a Simón sentándose bruscamente en la cama.

—¿De qué? —exclamó el espía.

—De pesca. Supongo que ya conoce a Pierre Doré.

—Claro… Ese alfeñique… ¿Por qué se va a pescar con él? Es una broma, ¿verdad?

—No es broma. Me voy a pescar porque quiero que Marya Fekova se sienta más libre. Temo que ella también tiene ciertas ideas muy concretas respecto a mí, y me parece prudente mostrar un poco de indiferencia, por si ella se calma… Con un poco de suerte incluso puede llegar a pensar que no soy la que ha estado pensando.

—Anoche tuvieron una conversación muy animada… ¿De qué hablaron?

—De muchas cosas y de nada importante. Parece ser que ella quiso que yo supiera que pretendía ir esta mañana a Toronto, y me invitó a ir con ella allá. Imagino que debió de sorprenderse cuando le dije que prefería ir a pescar.

—Entiendo… ¿Por qué no me llamó anoche?

—¿Para qué? En cambio ahora le he servido de despertador. Esté atento, Simón. No me gusta nada esta calma… Ah, otra cosa: ayer tarde, en las habitaciones de la Fekova, alguien me golpeó.

—¡¿Cómooo…?! —aulló Simón.

—No se asuste. Ya pudo ver luego que nada grave me ocurrió…, pero todavía me duelen un poco los riñones.

—¿Quién la golpeó?

—Ni idea. Desde luego que no pudieron ser ni Carson Bowles ni Dale Parks, ya que ambos estaban fuera del hotel. Sin embargo, deduzco que fue alguien que no pretendía dañarme de un modo… definitivo. Lo malo de todo ello es que me identificaron, por supuesto.

—¡¿Por qué no me dijo todo eso anoche?!

—Porque quería que durmiese tranquilo, querido —rio la divina —. ¿Lo he conseguido?

—Solo duermo a medias, encanto… ¡No me gusta esto!

—Ya le he dicho que a mí tampoco.

—Si no la golpearon ni Bowles, ni Parks, ni la Fekova… ¿quién fue?

—No lo sé. Pero ya nos enteraremos. De momento yo me voy a pescar… De alguna manera tengo que arreglármelas para dejarle el campo libre a la Fekova. Supongo que sus «admiradores». Parks y Bowles aceptarán acompañarla a Toronto. Y como yo no pienso acercarme a ella, para que se confíe…

—¿Debo vigilarla yo?

—Sería conveniente.

—¿Y para decirme eso tanta retórica?

—No es retórica, sino información amable —rio Brigitte—. Bien, eso es todo. Procúrese uno de sus disfraces más convincentes y sígalos a los tres. A ver qué es lo que hacen en Toronto y adónde van… todo eso.

—¡No puedo abandonar este puesto!

—Claro que puede. ¿Qué pinta usted junto al magnetófono si los personajes que han de ser vigilados se van a Toronto?

—Eso es cierto. Bien, bien, de acuerdo… A fin de cuentas tengo que apoyarla en sus decisiones. Espero que en otra ocasión sea usted la que tenga que secundarme a mí.

—¿Por qué no? Buena suerte, Simón. Ah, otra cosa —sonrió

burlonamente—: alguien estuvo anoche en mis habitaciones registrando mis cosas. ¿Sabe quién fue?

—¡Usted es de lo más sorprendente, guapa! ¡Una cosa tan importante y me la dice al final y como de pasada, sin darle importancia…!

—Y no la tiene, querido. No han podido saber nada más que soy un agente secreto. Lo cual ya debían de saber… Deduzco que la persona que se ha molestado en registrar mis habitaciones es la misma que me golpeó.

—¿Por qué deduce eso?

—Porque la Fekova y sus amiguitos ya saben a qué atenerse con respecto a mí, estoy segura de eso. En cambio, la persona que me golpeó en las habitaciones de la Fekova se sorprendió al verme allí… Entonces pensó que sería una buena idea registrar mis cosas, para tener una idea más exacta de mi… personalidad. Por supuesto habrá visto esas pequeñas cosas que siempre llevamos los espías.

—¡Y lo dice tan tranquila…! ¡La van a matar!

—No sea trágico. Han tenido tiempo de sobra… No, no, no piensan matar a nadie…, por ahora. Están esperando, todos están a la expectativa… Estoy segura de que se está preparando algo importante.

—La fuga de esos dos, ¿no?

—Usted sabe muy bien que no puede tratarse de eso.

—Sí… Bueno, la verdad es que estoy desconcertado. Esa Marya Fekova tiene una desfachatez casi brutal, una audacia estremecedora… Y un espía solo actúa así cuando está convencido de que tiene todos los triunfos.

—Eso ya se verá —sonrió secamente Brigitte—. Hasta luego, Simón.

—Hasta luego.

Brigitte guardó la radio, y miró la hora en su relojito. Pasaban un par de minutos de las seis. Frunció el ceño, mirando hacia el teléfono y pensando en llamar a Pierre Doré a su habitación… Pero en aquel momento sonó la llamada a la puerta.

Fue a abrir, sonriendo, y se quedó mirando dulcemente a Doré.

—Buenos días, Pierre.

—Buenos días… Veo que estás preparada.

—Por supuesto. ¿Te extraña?

—Bueno… No sé… Me pareció que después de lo de anoche…

—¿Qué pasó anoche? —sonrió ella.

—Quizá yo debí tener más decisión cuando te acompañé aquí.

—Quizá. Pero piensa, querido, que a veces los hombres demasiado decididos resultan un tanto fastidiosos… ¿Llevaremos tu coche o el mío?

—Encargué anoche que estuviese listo el mío, si no te importa… También tengo abajo una cesta con algunos bocadillos.

—Sería delicioso desayunar bocadillos junto a un lago transparente. ¡Y tan romántico…!

—Creo que te estás burlando un poco de mí.

—De ninguna manera… ¿Nos vamos ya?

—Sí… Cuando quieras.

Brigitte recogió sus cosas, salió de sus habitaciones, y bajaron a la planta. De allí fueron al garaje. Y poco después partían en el coche de Pierre Doré hacia la parte del lago donde el canadiense aseguraba que podía pescarse con más comodidad y excelentes resultados.

—Los libros y la pesca —concluyó—. Eso ha sido todo lo que he tenido, Brigitte.

Ella lo miró amablemente.

—Hasta ahora —musitó.

—Sí… Hasta ahora.

A media mañana Pierre Doré había conseguido ya seis hermosas truchas, y Brigitte tres; desproporción que no era sorprendente teniendo en cuenta la habilidad que estaba demostrando el canadiense. Lo que sí fue sorprendente, poco después de la séptima trucha pescada por Doré, fue la aparición, algo más abajo, cerca de la orilla del lago, de tres personajes conocidos de Brigitte: Marya Fekova, Dale Parks y Carson Bowles.

La sorpresa fue tanta que ni siquiera pareció darse cuenta de que la cuarta trucha había mordido el anzuelo y tiraba con fuerza lago adentro.

Pierre se colocó a su lado, excitado.

—¡Recoge! —exclamó—. ¡Vamos, recoge ya…!

—¿Qué…? ¡Oh, han picado…!

Se colocó de lado con respecto a Pierre, dando rápidas vueltas al carrete. La trucha plateada apareció un momento en la superficie,

en bonito salto, pero desapareció de nuevo en las aguas inmediatamente.

—¡Es la más grande de todas! —gritó Pierre—. ¡No tires con tanta fuerza, vas a romper el…!

La tensión cedió de pronto; el hilo quedó flojo, hundiéndose lentamente…, mientras los tres espías rusos, tras haber contorneado el lago una docena de metros, volvían a desaparecer entre los abetos.

Brigitte miró entonces directamente a Pierre Doré y lo vio mirando el punto donde el hilo se iba hundiendo.

—Te lo estaba advirtiendo.

—Lo siento —musitó Brigitte—. Creo que me puse nerviosa.

Pierre Doré encogió los hombros.

—Bueno, no importa demasiado. Quedan más en el lago. El sedal debe de haberse cortado con alguna roca. Te ayudaré a montarlo de nuevo.

—Pierre, si no te importa…

—¿Qué…?

—Preferiría regresar ya.

—¿Ya? ¡Apenas son las once!

—Bueno… Tenemos diez truchas entre los dos. Son suficientes. No creo que nos las comamos todas.

—Claro… Bueno, está bien. Pero si lo haces por la rotura del sedal, piensa que a cualquiera…

—Oh, no me importa eso. Simplemente estoy algo cansada. Me gustaría volver allá, tomar un aperitivo, descansar… De todos modos, si tú prefieres quedarte…

—¿Cómo puede ocurrírsete eso? Vamos a recogerlo todo.

Invirtieron diez minutos escasos. Y mientras Doré guardaba en la cesta de mimbre el carrete en último lugar, Brigitte dejaba caer en la hierba su encendedor, bien escondido, de modo que no pudiese existir la casualidad de que alguien lo encontrase, en el supuesto de que alguien pudiese llegar allí antes que ella.

Subieron al coche, y Doré condujo alegremente hacia el hotel, en las afueras de Trent River. Diez truchas eran un buen botín para tan pocas horas.

Cuando llegaron al hotel Brigitte sorprendió a Pierre con estas palabras:

—Tengo que volver, Pierre.

—¿Volver? ¿Adónde?

—Al lugar donde hemos estado pescando. Olvidé allá mi encendedor, o se me cayó.

—Oh, bueno, ya volveremos mañ…

—No, no. Bueno, es de platino y brillantes, y no quisiera perderlo.

—Entiendo. Vaya, mala suerte… Bueno, yo voy a volver allá a buscarlo, no es necesario que te molestes.

—Iré yo —sonrió ella—, puesto que la culpa ha sido mía.

—Pero…

—Regresaré enseguida. ¿Puedo disponer de tu coche?

—Claro. Pero puedo ir yo…

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Puedes encargar los aperitivos mientras tanto.

—Bien… Como quieras.

Doré se apeó, y Brigitte le tendió su cesta. Inmediatamente maniobró con el coche, y, al dar la vuelta, vio a Marya Fekova, Dale Parks y Carson Bowles llegando en un coche.

Estuvo tentada de frenar y decir a Pierre que había cambiado de idea, que se sentía cansada y que ya iría a por el encendedor… Realmente ya no podría localizar a los tres personajes en sus movimientos por tan extraño lugar, pero… ¿qué podía haber de interesante en aquella parte del lago? ¿Por qué no echar un vistazo, aprovechando precisamente que los tres se habían alejado ya de allí?

Dio rápidamente la vuelta al hotel, evitando el encuentro con los espías soviéticos. Detuvo el coche al otro lado, se apeó, y se asomó a la esquina. Bowles iba al volante, riendo, lo cual hacían también alegremente Marya Fekova y Parks. Entraron en el garaje; y apenas medio minuto después salían los tres, siempre riendo, caminando hacia la entrada del hotel.

Esperó el tiempo que calculó que tardarían en entrar, subió de nuevo al coche, y se alejó del hotel, dando un rodeo para evitar ser vista ni siquiera por casualidad. Tomó inmediatamente el camino por donde ella y Doré y luego los tres espías habían regresado, y miró hacia atrás… No vio ningún coche que pudiese ser el que conducía Simón, en su seguimiento de los tres soviéticos a Toronto.

¿A Toronto? No.

No habían estado en Toronto, desde luego… Y el coche de Simón no aparecía por el camino. Estuvo esperando casi diez minutos, cada vez más inquieta, pero Simón no llegaba… ¿Quizás había utilizado otro camino para el regreso, después de haber visto adónde habían ido la Fekova y los otros dos?

Si era así debía de estar ya en el hotel, y una conversación con él podía ser muy interesante.

Dio la vuelta al coche, de regreso hacia el hotel, y lo detuvo a menos de cien metros. Entonces sacó la radio.

—Simón… ¿Me está oyendo, Simón? Silencio.

—Soy Brigitte, Simón…

Silencio. Al otro lado ni siquiera se admitía la comunicación. Ella se había precipitado al hablar, claro… Volvió a llamar, pacientemente, pero el agente Simón no contestó tampoco esta vez. Quizá no podía hacerlo, y ella le estaba comprometiendo con los zumbidos que la radio debía de emitir en el bolsillo del agente de la CIA.

Tomó de nuevo la decisión de regresar a la orilla del lago. Ella debía saber o intentar saber qué causa había llevado allí a Marya Fekova y sus dos compañeros de espionaje.

Más adelante ya se pondría nuevamente en contacto con Simón.

* * *

Tenía que ser aquello lo que había llevado allí a la Fekova y los otros dos: una cabaña pequeña y vieja metida entre los abetos. Se llegaba a ella a pie por un sendero que tiempo atrás quizás había sido más ancho, pero que ahora, debido a la maleza, no permitía el paso de un coche.

Desde la puerta de la cabaña un senderillo aún más estrecho se dirigía hacia el lago, en el cual, hacia el centro, se veían todavía un par de botes, en los que algunos de los clientes del hotel aprovechaban los últimos minutos de pesca antes de regresar para el almuerzo.

Pero lo más interesante allí era la cabaña.

Parecía abandonada, y tenía algunos cristales rotos; su propietario, tras haberla utilizado algún tiempo en sus excursiones

de pesca, parecía haberse olvidado completamente de ella.

Fruncido el ceño, Brigitte caminó recelosamente hacia la cabaña, pensando en la conveniencia de sacar su pistolita. Cuando no llevaba falda la pistolita la sujetaba, siempre con esparadrapo, bajo el seno izquierdo, de modo que no se notaba el bulto. Y todavía menos llevando aquella camisa a cuadros, el jersey, el chaquetón… Demasiadas cosas para molestarse en sacarla, por el momento. Claro que solo le bastaba meter la mano derecha por el cuello del jersey…

Se encontró delante de la puerta de la cabaña, sin sorprenderse demasiado por encontrarla abierta. No entró sin antes haber echado un vistazo al interior por una de las ventanas frontales. Había bastante polvo, y algunos de los muebles rústicos de montaña estaban rotos, deteriorados.

Empujó la puerta, que chirrió ligeramente.

Dentro todo tenía un tono sombrío, debido a que el sol no llegaba allí en absoluto, por estar la cabaña bien escondida entre los abetos. Solo constaba de una pieza, en la que se reunía todo lo necesario: un hogar, dos camastros a un lado, una mesa, algunas sillas, una mecedora… Colgadas en la pared se veían un par de cestas de pesca, poco menos que podridas ya, debido a la humedad.

Bien… Según parecía poca cosa podía esconderse allí, y, sin duda, el lugar resultaba poco interesante y en absoluto agradable, al menos en las actuales condiciones. Miró en el hogar, golpeó suavemente las paredes con los nudillos y el suelo con los pies… Pero no encontró ningún hueco, ningún escondite secreto. Por último miró debajo de uno de los camastros. No encontró nada. Luego miró en el otro, arrodillada en el suelo y bajando la cabeza hasta casi tocarlo…

El rostro de Simón quedó ante el suyo, a menos de un palmo, crispado, rígido. Un largo estremecimiento helado recorrió el cuerpo de Brigitte. Se notaba pálida, frío el rostro y las manos… Simón estaba encogido bajo el camastro, cerrados los ojos. Le tocó la frente y las sienes, pero ningún latido de vida fue captado por sus dedos.

Bien.

Allá tenía la respuesta del porqué Simón no había llegado al hotel poco después que la Fekova y los otros. Allá estaba la

respuesta del porqué Simón no había contestado a la llamada…

Brigitte crispó ambas manos en el chaquetón del agente de la CIA y tiró con fuerza hacia afuera. Desde luego no podía dejarlo allí… ¿O quizás era mejor dejarlo hasta que…?

—¿Necesita ayuda, señorita Montfort? —dijo una voz tras ella.

Capítulo VI

Se volvió lentamente, incorporándose.

Lo hizo tan despacio que era imposible pensar que estuviese intentando algo defensivo, de contraataque… Aún más: mientras se ponía en pie y se volvía fue levantando las manos hasta que llegaron a la altura de sus hombros.

Se quedó mirando fríamente al hombre. En modo alguno le extrañó que fuese Dale Parks quien estuviese allí con una pistola en la mano, mirándola con atención, mostrando una torva sonrisa maliciosa en sus agradables facciones.

No.

No le extrañaba que fuese Dale Parks quien estuviese allí. Todo tenía demasiados detalles característicos para asombrarse ahora.

—Le he preguntado si necesita ayuda —sonrió Parks.

—Ayuda… ¿para qué?

—Oh, pues… Bueno, para lo que sea.

—Me vendría muy bien un poco de ayuda… Pero no creo que usted esté dispuesto a prestármela.

—¿Por qué no? ¿Qué hay que hacer?

—Sacar a este hombre de aquí y llevarlo a un lugar desde donde su cadáver podrá ser enviado a Estados Unidos. Luego tendría que llegar a la emisora de onda corta, para ponerme en contacto con mi jefe y pedirle instrucciones después de la muerte de mi compañero… Supongo que no piensa colaborar en todo eso, señor Parks.

—Lo lamento, pero temo que así es… Comprenda que no debo hacerlo.

—Lo comprendo muy bien… ¿Puedo acabar de sacar el cadáver de debajo del camastro?

—Hágalo. Pero no se mueva bruscamente, ni se vuelva hacia mí, porque me pondría nervioso.

—Está bien.

Brigitte acabó de sacar a Simón de debajo del camastro. Luego se inclinó sobre el vientre del agente secreto, en el cual se veía la trágica mancha de sangre ya coagulada… No había sido dulce la muerte del pobre Simón, desde luego. Y, además, parecía que le habían golpeado en las manos, en la cara, en el cuello, en los hombros…

—Esto que han hecho es lo que se llama una cochinada, señor Parks.

—Seguramente. Pero el señor Lamb era demasiado obstinado… Le habría sido mucho más fácil contestar a nuestras preguntas… ¿No lo cree usted así?

—No.

—Pues debería cambiar de opinión, porque a usted también vamos a hacerle preguntas. En el caso del señor Lamb —señaló a Simón— las cosas no se presentaron bien, por diversos motivos: prisa, inquietud… Temo que tuvimos que ser demasiado… expeditivos.

—Lo mataron después de golpearle.

—Desde luego. Pero el señor Lamb insistió en tener la boca cerrada. Era como si se la hubiesen sellado… Ni siquiera la abrió para protestar o para quejarse. Simplemente cerró la boca cuando tendimos la emboscada —señaló el cadáver—, y ya no la ha vuelto abrir… Ni es de esperar que vuelva a abrirla jamás. Usted sí abrirá, señorita Montfort.

Brigitte miró despectivamente al espía ruso.

—Usted es un desgraciado —dijo con insolencia—. ¿Por qué supone que yo voy a tener menos valor que mi compañero?

—Porque es mujer. Y no me venga ahora con el cuento de que una mujer puede valer tanto como un hombre. Eso puede que sea cierto… Pero estoy convencido de que usted no aguantará lo que aguantó el señor Lamb. ¿Quiere que lo probemos?

—Decida usted mismo. Dígame: ¿dónde está la Fekova?

—¿Qué importa eso? —sonrió Parks—. Lo cierto es que usted está pasando por donde ella quiere…

—¿Dónde está ella?

—¿No lo sabe? —rio Parks—. En el Canada Hotel, está claro.

—¿Ha venido a por mí usted solo?

—Quizá le parezco poca cosa —sonrió el espía ruso.

—Quizás… Aunque para apretar un gatillo es suficiente un dedo. Y temo que usted tiene diez.

Dale Parks se echó a reír alegremente.

—¡En verdad que usted resulta simpática! Ella tiene razón: su sentido del humor es bueno, ligero, gracioso. Pero, como bien ha dicho, un solo dedo basta para matar…, y yo tengo diez. No obstante, antes de apretar yo este dedo deberá contestar a algunas preguntas.

—Es posible que lo haga. ¿Por ejemplo…?

—Por ejemplo, uno de los motivos de que sea yo solo quien haya venido a por usted es debido a la presencia de otros compañeros suyos en el hotel… Hay que guardar las apariencias. En lo posible, claro. De modo que mientras Marya Fekova y mi compañero se han quedado allá yo he tenido que salir escondiéndome… Un buen sistema es el de utilizar las cañerías de las habtaciones. En el patio interior son gruesas, y yendo con cuidado se puede…

—Conozco bien esas cañerías.

—Oh… ¿De veras?

—Las utilicé anoche —sonrió Brigitte—. Supongo que usted las ha utilizado ahora para salir de su habitación, bajar al patio interior, de allí al garaje, luego ha dado un rodeo, ha venido hacia aquí, ha dejado el coche algo alejado, y me ha sorprendido.

—Fabuloso… Fabuloso, señorita Montfort. Exactamente eso es lo que he tenido que hacer. Y espero que tanta molestia no resulte… improductiva: quiero que me diga ahora mismo los nombres de sus compañeros en el hotel.

—No tengo más compañeros.

Parks sonrió duramente.

—No sea necia —susurró—. Hay más hombres de la CIA en el hotel… O más mujeres. Cualquiera de esos matrimonios puede ser una buena ayuda para usted en un momento determinado.

—Puede que tenga razón, señor Parks. Y puede que yo le dé algún nombre si usted me dice lo que está tramando.

—¿Por quién me ha tomado? —rio Parks—. No tengo que darle ninguna clase de información, porque la pistola está en mi mano, no en la suya… Quiero recordarle que morir es extremadamente fácil. O difícil, a veces… Todo depende de usted.

—Está perdiendo el tiempo.

—Ya verá como no es así.

Se acercó a ella y, de pronto, su mano izquierda salió disparada con terrible fuerza. La bofetada alcanzó de lleno el rostro de Brigitte, lanzándola violentamente encima del camastro. Tan violentamente que lo habría rebasado de sobra de no haber estado la pared. La bella espía rebotó en ella… y volvió hacia la mano zurda de Dale Parks, que la alcanzó de lleno nuevamente, ahora en la otra mejilla, de revés, aplastándola contra el camastro.

Luego la asió por el chaquetón y de un brusco tirón la arrancó de allí, enviándola velozmente lanzada contra la pared opuesta… Brigitte apenas tuvo tiempo de poner las manos por delante para evitar que su rostro se aplastase contra la pared de troncos. Pero el rebote también fue fortísimo allí, y en su retroceso de espaldas fue recibida por un rodillazo de Parks que se encajó dolorosamente en sus riñones, ya doloridos por el golpe recibido la tarde anterior.

Luego Parks la cogió por los cabellos, y de un tirón la dejó arrodillada junto al cadáver de Simón, acercando al rostro de este el de Brigitte.

—¡Mírelo! ¡Mírelo bien! Esta es una pelea a muerte y nosotros no queremos llevar la peor parte… Compruebe el estado de su compañero… ¡Compruébelo! Con él teníamos prisa, pero no con usted. Yo solo puedo conseguir que me diga todo lo que desee. Solo ha de elegir entre decirlo sin dolor y morir, o quedar mucho más destrozada que el señor Lamb o como se llame… ¿Me ha entendido? ¡¿Me ha entendido?!

Brigitte movió afirmativamente la cabeza, con grandes dificultades. Notaba sus mejillas como si tuviese una brasa en cada una, y el dolor en la espalda era ahora mucho más profundo. Al mismo tiempo los cabellos parecían a punto de saltar de su cabeza, debido al duro tirón que Dale Parks mantenía tenso.

Por fin el espía enemigo la soltó.

—Póngase en pie, camine hacia el camastro de la derecha, siéntese, y conteste a mis preguntas. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, sí…

—¡Camine hacia allí! La empujó rudamente. Y ese fue su error.

Brigitte se volvió tan velozmente que sorprendió a Parks. Las dos manos de la muchacha parecieron incrustarse en la muñeca

izquierda de Parks al mismo tiempo que el pie derecho de la divina espía ascendía hacia el bajo vientre del hombre.

Ambas presas tuvieron éxito. Apenas una décima de segundo después de que el pie hubiese golpeado dolorosamente a Parks en el bajo vientre, Brigitte se pasaba la mano del hombre por encima de su hombro derecho, se encogía, afianzando bien sus pies en el suelo, y luego se doblaba con fuerza hacia delante, bajando la mano de Parks hacia su vientre con seco tirón.

Dale Parks lanzó un agudo grito cuando salió disparado por encima de la bella periodista-espía proyectado por el magistral *ippon seoi nage* de judo. Chocó con fuerza contra la pared de la cabaña, que retembló sonoramente; luego cayó sobre el camastro, y, por último, rodando… La pistola escapó de su mano, que se deslizó por el suelo, frenética, en su busca. Brigitte la empujó con el pie, mientras conseguía sacar la suya del escondrijo bajo el seno, casi rompiendo el jersey y arrancando un par de botones de la camisa a cuadros. Con la cinta de esparadrapo todavía enganchada al arma la muchacha apuntó a la cabeza de Parks fríamente.

—Ya basta, Parks, o…

Apretó el gatillo… Pero demasiado tarde. Parks había dado ya un tirón con su mano derecha, tras cerrarla en torno a un tobillo de la espía yanqui, que salió volando hacia atrás, completamente descompuesta la figura, escapándosele la pistola hacia la puerta de la cabaña. El golpe contra el suelo fue muy doloroso, pero Brigitte no tenía tiempo para pensar en el dolor. Se arrastró velozmente hacia su pistolita de cachas de madreperla…

No pudo llegar.

Dale Parks la cogió por un pie y tiró de ella hacia atrás, arrastrándola; Brigitte apoyó ambas manos en el suelo, alzándose todo cuanto pudo, utilizando ambos brazos como soporte a medida que Parks la arrastraba. Y en el preciso momento en que Parks se disponía a soltarla para saltar sobre ella el pie de la muchacha se alzaba velozmente y se clavaba en la barbilla del soviético, empujándolo hacia atrás. Brigitte se puso en pie de un salto, intentando correr de nuevo hacia su pistola… Pero Dale Parks tampoco se lo permitió esta vez. Saltó sobre ella en plancha y cayó sobre su espalda, aplastándola contra el suelo.

Rebotó sobre el tierno cuerpo femenino, y cuando se disponía a

continuar la pelea cuerpo a cuerpo Brigitte lanzó su última presa desesperada: los dedos índice y corazón de su mano derecha, rígidos, fueron hacia los ojos de Dale Parks, directos, implacables.

Y Dale Parks lanzó un tremolante y prolongado grito de dolor cuando las esmaltadas uñas se clavaron en sus ojos, cruelmente, furiosamente. Chillando y temblando de dolor, pareció centuplicar sus fuerzas, saltando hacia Brigitte. Cayó sobre ella de nuevo, y sus manos se clavaron en la garganta femenina salvajemente; sus rodillas quedaron una a cada lado torso de Brigitte, apuntalando el cuerpo, cuyo peso iba hacia delante, apoyando la presión de las manos en la garganta blanca y dulce de Brigitte Montfort.

Esta vio sobre ella aquel rostro de ojos reventados, aquella mueca de odio total, crispado en un deseo insoslayable de matar. Notaba la presión con tanto fuerza que sabía que, por lo menos, iba a desvanecerse antes de cinco segundos.

Luego… solo la muerte.

Pero en cinco segundos se pueden intentar muchas cosas para conservar la vida, y ella tuvo que hacerlo. Mientras mantenía tenso el cuello todo lo posible a fin de atenuar la presión de las manos de Parks, dobló la pierna derecha, de modo que la bota de montaña se acercó a su mano del mismo lado. Los dedos, crispados, se clavaron en el tacón como si pretendiesen estrujarlo…

En lugar de eso dieron un tirón hacia atrás, y el tacón se separó de la bota, llevando en su curva interior un agudo estilete de doce centímetros de longitud.

Sujetando con sus últimas fuerzas el tacón, que hacía de mango, Brigitte subió la mano hacia arriba, con fuerza, rápidamente…, y la fina hoja de acero se clavó en un costado de Dale Parks, que en el acto aflojó la presión de sus manos en la garganta.

Pero solo un instante. Luego reanudó el apretón, jadeando, chillando, lleno el rostro de sangre…

La mano de Brigitte efectuó el mismo movimiento por segunda vez, y de nuevo el estilete se clavó en el cuerpo de Parks, ahora buscando lateralmente el vientre. Parks lanzó un aullido, se estremeció, y de nuevo sus manos aflojaron la presión. La tercera cuchillada le acertó en el costado otra vez, desgarrando ropa y carne… Y pareció el resorte que habría de impulsar a Parks a soltar completamente a Brigitte, para ponerse en pie, gritando, jadeando,

retrocediendo a trompicones hacia la puerta…

Plof. Plof.

Dale Parks quedó inmóvil de pronto. Sus manos fueron hacia la espalda… Plof.

Los brazos cayeron a lo largo del cuerpo, las piernas se le doblaron… Cayó de rodillas…

Y por encima de él, en la puerta de la cabaña, Brigitte vio a Pierre Doré, empuñando temblorosamente la pistola de cachas de madreperla con dispositivo silenciador de origen, última novedad ofrecida por la CIA a la agente especial N. Y. 7117.

Atónita, Brigitte ni siquiera prestó atención a la caída definitiva de Parks de bruces contra el suelo polvoriento, donde quedó inmóvil.

—Pierre —musitó.

Doré estaba blanco como la nieve, y la pistola temblaba en su mano con tanta fuerza que parecía que fuese a saltar de un momento a otro. Brigitte se puso en pie rápidamente, pero había calculado tan mal las fuerzas que le quedaban después del intento de estrangulación por parte de Parks que cayó de nuevo al suelo, de rodillas, junto al cadáver del espía ruso.

Pierre Doré tiró la pistola, corrió hacia ella, y se arrodilló a su lado, rodeándole los hombros con un brazo.

—Brigitte —tembló su voz, más estridente que nunca—… Brigitte, querida…

—Estoy… estoy bien, Pierre… Ayúdame a… levantarme…

Doré la ayudó, llevándola luego hacia un camastro, donde también la ayudó a sentarse.

Quedó delante de ella, contemplando el pálido rostro de Brigitte, donde destacaban las rojas huellas de los golpes recibidos.

—¿Qué… qué… qué… ha… pasado, Brigitte?

Ella pidió silencio con un gesto, mientras iba recuperando el ritmo respiratorio poco a poco. El color normal fue volviendo a su rostro y la respiración se normalizó también. Dejó de sentir aquella presión en su garganta.

—¿Has… venido en mi coche, Pierre?

—Claro…

—¿Quieres traerme algo de beber de… de la cesta…?

—Sí… Enseguida… Creo que tengo una petaca de *whisky*…

Doré salió poco menos que corriendo de la cabaña. Cuando regresó un par de minutos después Brigitte estaba arrodillada junto a Simón, acariciando las endurecidas facciones.

Miró a Pierre como si, en realidad, no pudiese verlo.

—Siempre… tengo mala suerte. No para mí, sino para los que me ayudan. Este es… otro Simón que ha caído.

Doré la alzó y la sentó de nuevo en el camastro; luego abrió la petaca de *whisky* y la tendió a Brigitte.

—Creo que será mejor que bebas un poco.

Brigitte aceptó de buena gana. Lo necesitaba de verdad. Luego se quedó mirando críticamente al canadiense.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió.

—Vine… Yo vine a ayudarte a… a buscar el encendedor…

—Pero no estuvimos aquí… ¿Por qué creías que ahora sí estaría yo aquí?

—Me desvié del camino para llegar antes… Y vi mi coche metido entre los abetos… Brigitte, no entiendo… Hemos… He matado a un hombre… ¿Qué… qué estaba intentando él?

—Matarme.

Pierre se mordió los labios. Miró rápidamente a Parks, y de nuevo a Brigitte.

—¿Matarte?

—Pierre: dime qué es lo que hiciste exactamente cuando te dejé en el hotel.

—Subí a mi habitación, me lavé, bajé las truchas a la cocina… Luego fui al bar, y cuando iba a pedir los aperitivos pensé que siendo dos encontraríamos antes el encendedor, de modo que decidí venir a ayudarte.

—¿Eso es todo?

—Claro.

—Ese hombre que has matado es un espía ruso.

Pierre Doré asintió con la cabeza, pero enseguida se quedó mirando a Brigitte cómo si no hubiese entendido.

—¿Un… qué?

—Un espía ruso.

—Pero… ¡Un espía ruso! —exclamó de pronto, casi airado—. ¿Pretendes que crea esas tonterías?

—Quizá creas esas «tonterías» si yo te explico lo que está

pasando.

—Quizá… Quizá las crea.

—En primer lugar yo soy una espía norteamericana. Estoy trabajando para la CIA.

Capítulo VII

Cuando Brigítte terminó la explicación el estupor de Pierre Doré había cedido lo suficiente para que sus ideas estuviesen más o menos coordinadas.

—Espero que todo eso sea cierto, Brigitte.

—Lo es.

—Bien… Bueno, no sé qué pensar… De todos modos creo que me alegro de haber matado a ese hombre… ¿Qué vamos a hacer con él?

—¿Qué sugieres tú? —sonrió la divina.

—¿Yo? Esa es una cuestión en la que tú debes de tener más preparación que yo. Supongo que no podemos avisar a la Policía y… No, ¿verdad?

—Claro que no, querido. Lo que tenemos que conseguir, de momento, es hacer desaparecer los cadáveres.

—¿Los… los dos?

—Claro.

Doré miró hacia el cadáver de Simón.

—Pero él… él es tu amigo, tu compañero…

—Ya lo sé.

—¡No puedes esconderlo como… como si fuese un hueso! Brigitte frunció el ceño.

—Supongo que no has intentado llamarme perra, Pierre.

—¡No! Mira, mi intención…

Ella puso una mano sobre las de él.

—Te entiendo. Y hace algunos años incluso yo pensaba así. Pero he visto y aprendido muchas cosas. Créeme: lo único que podemos hacer con los dos cadáveres, de momento, es esconderlos. Es cruel, inhumano, casi… monstruoso. Pero yo tengo una misión que cumplir, y eso es lo importante. Si mi amigo pudiese hablar te asombraría oírle decir que estaba de acuerdo. Es más: si la muerta

hubiese sido yo él me habría escondido también, hasta saber qué era lo más conveniente para seguir adelante con la misión.

—¿Y dónde… dónde los esconderemos?

—La tumba está preparada —sonrió tristemente la espía—. Ellos la han utilizado una vez, de modo que es justo que yo la utilice otra.

—¿Los vas a dejar aquí?

—Cada uno debajo de un camastro. ¿Quieres ayudarme?

—Sí… Sí, claro…

Brigitte escondió a Simón bajo el mismo camastro donde lo había encontrado, mientras Pierre Doré escondía a Parks bajo el otro. Cuando terminó estaba sudando, y su rostro no mostraba muy buen color. Brigitte lo miró cariñosamente, y de pronto lo besó en los labios, apenas en un roce.

—Aún no te he agradecido la ayuda, Pierre.

—He matado a un hombre —musitó Doré—. Y no sé si podré olvidarlo.

—Ya verás como si, querido. Ese mismo pensamiento tuve yo cuando maté al primero. Pero a los muertos, igual que a los vivos, se les olvida. Dentro de unos años no sabrás si esta muerte fue realidad o pesadilla… Y de un modo u otro la cosa te parecerá tan lejana que habrá perdido toda su importancia. Es como en la guerra… Casi todos los soldados han sido antes hombres pacíficos, con un hogar, esposa, hijos… Un día se encuentran en una carretera, caminando arma al brazo y macuto al hombro. Solo tienen dos caminos: seguir adelante matando, para ganar la guerra…, o morir en esa carretera que están ocupando. La elección es tan sencilla que incluso esos mismos hombres se asombran de que les sea tan fácil disparar contra otro que lleva un casco o un uniforme diferente.

—Es una buena explicación —musitó Doré—… Pero yo no he recibido lecciones de ese tipo. ¿Qué hacemos ahora?

—Regresemos al hotel.

—¡Pero allí están esa mujer y el otro…!

—Lo sé. Pero el espionaje, no es como la guerra… En la guerra cuando se ve a un enemigo se dispara. Es todo lo que hay que hacer. En el espionaje uno debe preguntarse qué puede ocurrir si aprieta el gatillo. ¿Es conveniente o no? ¿Interesa matar al

enemigo? ¿Es mejor dejarlo vivo y seguirlo? ¿Vamos a utilizarlo para que transmita información falsa? ¿Esperamos a que otros como él se le unan, para atrapar a más de uno? ¿Lo mantenemos vivo, pero prisionero, para utilizar su falsa documentación en otros países a fin de infiltrarnos en las redes de los enemigos? ¿Puede ocasionar su muerte alguna represalia en otro país de modo que quizá maten a un compañero que más adelante podría haber sido canjeado? ¿Hacemos un pacto provisional con ese enemigo que quizá sabe muchas cosas de otros enemigos? ¿O quizá no es tan enemigo como habíamos pensado? ¿Realmente conviene matarlo? ¿Realmente…?

—Ya basta —sonrió Doré—. Parece que tu poder de persuasión es mayor que el mío, querida. Volvamos al hotel… ¿Vamos juntos en tu coche o en el mío?

—Iremos por separado. Tú en el tuyo y yo en el mío… No. Será mejor que tú regreses en el mío, tal como saliste del hotel. Y yo regresaré en el tuyo.

—¿Y tu encendedor?

—Lo dejé caer a propósito —sonrió Brigitte—. Sé exactamente dónde está, de modo que lo recogeremos y regresaremos al hotel. Y quiero que tengas bien presente una cosa, Pierre: tú no has estado nunca en esta cabaña.

—Pero…

—No has estado nunca. Las balas que hay en el cuerpo de Dale Parks han salido de mi pistola, ¿recuerdas? Simplemente regresaremos juntos, pero cada uno en el coche en que salió. Dirás que me encontraste ya de regreso, después de encontrar el encendedor. Eso en el supuesto de que alguien se atreva a pedirnos explicaciones, cosa que dudo. Pero sobre todo, para guardar tu vida, nada de mencionar esta cabaña ni adoptar actitudes raras. Tú no sabes nada de nada, recuérdalo. Para ti yo sigo siendo una hermosa muchacha que te demuestra su simpatía… Eso es todo.

—Está bien. Lo que tú digas, Brigitte.

—Gracias. Ahora, con toda tranquilidad, como si nada hubiese ocurrido, llegaremos al hotel, almorzaremos tan alegres como anoche, y luego nos dedicaremos a dormir una siesta o a jugar al *bridge* con Gloria McIntosh.

—Pero tú has dicho que ella es…

—Ella jugará a las cartas —sonrió secamente Brigitte—.

Acostúmbrate a no asombrarte tan fácilmente.

—Pero si envió a ese hombre a matarte…

—No importa. Solo ha perdido una jugada, y le quedan muchas más. Ella y yo nos miraremos, nos sonreiremos… La partida está empezando, simplemente.

—Cre… creo que estáis… un poco locos.

—Vamos a los coches —rio Brigitte—. Y olvídate de que alguna vez has estado en este lugar.

* * *

El almuerzo fue absolutamente tranquilo. Pierre Doré se mostró bastante a la altura de las circunstancias, aunque quizá todo el mérito no fuese suyo, ya que Brigitte estuvo brillante y simpática como nunca, y el escritor canadiense pareció olvidarse verdaderamente de todo lo que había ocurrido en la cabaña junto al lago.

Pero además la tranquilidad en el comedor estaba garantizada por la ausencia de Marya Fekova y Carson Bowles. Tampoco estaba el bebedor Lon Carmody, el americano presuntuoso. Y contando a Simón la ausencia era de cuatro comensales, de cuatro huéspedes. Lo cual no pareció extrañar ni, mucho menos, inquietar a nadie. Trent River era un pueblecito delicioso, y la mayor de sus delicias consistía en que en menos de dos horas se podía llegar desde él a lugares tan atractivos como Toronto, Niagara Falls, Buffalo…

Finalizado el almuerzo Brigitte fue de la opinión que sería conveniente dormir un poco, teniendo en cuenta que la pesca obliga a madrugar. Algunos de los huéspedes la imitaron, como por ejemplo los tres pescadores que siempre se reían del que hacía gestos para señalar el tamaño de una pieza enorme. Otros se quedaron en el comedor, viendo la televisión. Y uno de los matrimonios decidió que lo mejor después de almorzar sería un buen paseo.

Por su parte Brigitte no se dedicó a dormir la siesta precisamente. Simón había muerto, dejándola incomunicada allí… Tenía que encontrar el medio de ponerse en contacto con Pitzer, que estaría en Niagara Falls consumiéndose de impaciencia.

Por lógica el mejor modo de encontrar la emisora de onda corta

de Simón era visitar su habitación, de modo que, tras proveerse de la ganzúa adecuada, Brigitte regresó al primer piso, abrió la puerta que ostentaba el número cinco, y entró.

Quince minutos más tarde se daba por vencida: la emisora, evidentemente, no estaba allí. Ni tampoco había datos que pudiesen llevarla hasta ella. Estaba claro que Simón había sido un agente consciente y sereno… Su muerte, empero, resultaba fácil de explicar: había seguido a la Fekova y a los otros dos, estos le habían tendido una emboscada, y el resultado había sido desfavorable a Simón.

Decepcionada, y no poco inquieta por saberse aislada y sola en aquel lugar donde, probablemente, había más espías rusos aparte de la Fekova y Bowles, Brigitte salió de la habitación de Simón, dirigiéndose hacia la siete, que sabía que era la que ocupaba Bowles. Quizá conseguiría algo entrando allí e investigando algunos rincones y detalles que solo un espía podía distinguir de los normales.

Con la ganzúa no tuvo ninguna dificultad en abrir la puerta… También aquellas habitaciones estaban a oscuras, silenciosas. La idea de que Bowles y la Fekova habían escapado pasó un instante por su imaginación.

Pero no. No.

Le parecía poco probable que se hubiesen marchado dejando atrás a Parks. No solo por la seguridad de este, sino por la de todos; además tanto la Fekova como Bowles debían haber esperado el regreso de Parks, para saber a qué atenerse. Sin embargo Parks no había regresado, y ella sí. ¿Era debido a esto la no comparecencia de la Fekova y Bowles?

Entró en el dormitorio sin demasiadas precauciones. Fue hacia la ventana y abrió las persianas. Afuera hacía un sol descolorido, como si fuese blando… Pero su luz, entrando por los listones de las persianas, fue suficiente para iluminar a Carson Bowles, tendido en la cama, boca arriba.

La primera reacción de la sobresaltada Brigitte fue llevar la mano hacia el muslo, en busca de la pistolita. Pero pronto comprendió que no la necesitaba. De haber pensado atacarla Bowles pudo haberlo hecho mucho antes, y ella estaría en aquellos momentos en una situación en verdad comprometida… o ya

muerta.

Carson Bowles no la atacaría. Jamás podría hacerlo ya. Sus ojos estaban abiertos, desorbitados, aparentemente fijos en el techo. Pero no podía ver nada porque la vida había escapado de su cuerpo por el profundo tajo que tenía en la garganta… La sangre había resbalado por los lados de su cuello, manchándolo todo: sus ropas, la cama…

Aturdida, Brigitte se acercó más al cadáver y estuvo contemplando incrédulamente aquellos ojos llenos de muerte, angustiados, sobresaltados… Tenía dos manchas de sangre en el jersey… Dos manchas alargadas, rectas. Brigitte pensó que quien había degollado tan certeramente a Bowles había limpiado luego el cuchillo en el jersey del muerto… Una mano dura, implacable, serena, segura.

Todo lo demás estaba en orden, como si nada hubiese ocurrido. En el fondo de la mesita de noche Brigitte encontró uno de los micrófonos por medio de los cuales Simón había estado espiando las conversaciones de Bowles… El otro lo encontró poco después, en el pequeño saloncito, pegado con puntos de aguja e hilo a una de las cortinas del ventanal principal.

Todo en orden.

Todo, excepto la presencia del cadáver de Bowles. Asombroso. Increíble. Desconcertante.

Aunque…

¿Increíble? ¿Desconcertante?

Brigitte estuvo a punto de lanzar una exclamación. Quedó envarada un instante. Luego salió a toda prisa de las habitaciones de Carson Bowles y echó a correr escaleras arriba, donde estaban las otras siete.

Introdujo la ganzúa en la cerradura de la número ocho, abrió, y entró casi tropezando a fuerza de precipitación. Se dirigió hacia el dormitorio sin vacilar, y ni siquiera se molestó en abrir las persianas. Era mucho más práctico encender la luz…

Efectivamente. Allá estaba.

Allá estaba, también sobre la cama, el cadáver de Marya Fekova, la astutísima, inteligentísima, audacísima espía rusa. Se acercó a ella y le tocó la frente y el cuello. Estaba ya bastante fría y casi completamente rígida, lo cual indicaba que llevaba muerta no

menos de dos horas, habida cuenta de que la rigidez *post mortem* se inicia de dos a ocho horas después de producida la muerte y cesa alrededor de las treinta y seis horas después del deceso.

Marya Fekova no había sido degollada, sin embargo. Parecía dormida y estaba trágicamente bella, sin una sola mancha de sangre o desperfecto físico. Su piel blanca parecía ahora un poco azulada, muy ligeramente, como si tendiese a la transparencia. Brigitte se inclinó sobre ella y le olió la boca. Intentó separar las mandíbulas, pero no lo consiguió. Luego vio el vaso sobre la mesita de noche… Todavía quedaba como un centímetro de agua en él. Introdujo cuidadosamente el dedo índice en el agua, apenas tocándola, y luego se lo llevó a la lengua, todavía más cuidadosamente.

—Arsénico… —susurró.

Se dejó caer en el borde de la cama, más aturdida y desconcertada que nunca.

¿No era aquello completamente absurdo?

Estuvo allí, inmóvil, pensativa, durante algunos minutos. Por fin miró a la difunta Marya Fekova.

—Querida —musitó—: quizá fuese cierto que tenías más valor que yo, puesto que dudo que yo me hubiese suicidado antes de apurar hasta la última posibilidad… Pero, evidentemente, tu inteligencia dejaba mucho que desear. De otro modo todavía estarías viva. Quizá en situación harto comprometida, incluso peligrosa…, pero viva. Y mientras hay vida hay esperanza, según dicen. Okay: te dejo el valor para ti, pero me quedo con la inteligencia… Lo que siento es que no podré llevarme un autógrafo tuyo, en una foto para tío Charlie.

Salió de la habitación número ocho, todavía desconcertada, caminando hacia la suya.

Y de pronto se encontró delante de la número diez. Allá había sido alojado Lon Carmody, el bebedor de *whisky*, el muchacho que empezaba a dormir a las siete y pico de la tarde la borrachera que iba pillando durante el día.

¿Realmente?

Todo era tan asombroso allí que…

De nuevo utilizó la ganzúa. Todas las cerraduras del hotel eran casi iguales, de modo que bastaba siempre el mismo movimiento experto con la ganzúa para abrir la puerta.

Y una vez más entró Brigitte Montfort en una habitación que no era la suya.

También allí todo estaba a oscuras, y el trágico presentimiento casi asustó a Brigitte. Cuando dio la luz en el dormitorio su mano temblaba visiblemente.

—Dios mío… —jadeó.

Sí.

También Lon Carmody había tenido mala suerte. Estaba tendido en la cama, cara al techo. No había sido degollado, pero en su pecho destacaba la mancha de sangre que debía de haber sido producida por más de un balazo…

Justo cuando oía el ligerísimo ruido de la puerta del cuarto de baño anexo al dormitorio Brigitte oía también una voz de hombre, seca, dura, fría:

—Quédese como está. Absolutamente inmóvil.

—Si usted es del…

—Cállese. Lleve las manos hacia delante… No, no hacia arriba, sino hacia delante, como si quisiera alcanzar algo que tuviese delante de usted… Eso es. Y no las mueva.

—Está bien.

Oyó las tenues pisadas del hombre. Luego una mano recorrió veloz y expertamente su cuerpo… La mano pasó bajo la falda, y Brigitte notó el tirón en la cinta de esparadrapo. Había quedado desarmada.

—Vuélvase ahora.

Se volvió despacio.

El hombre había dado unos pasos hacia atrás, y la miraba fijamente, firme la pistola en su mano como un cañón plantado en una costa rocosa. Tenía los ojos oscuros, la mandíbula recia, los hombros anchos… La miraba tan duramente que Brigitte se estremeció.

—Mi nombre es…

—Brigitte Montfort —cortó él—. Lo hemos leído en el libro registro.

—¿Y sus compañeros? ¿Dónde están?

—Hablando de pesca, como siempre… ¿O ni siquiera se fijó usted en los tres alegres deportistas que se dedican a charlar de pesca durante las comidas y en el bar?

—Por supuesto que me he fijado. Usted es uno de ellos, el que siempre hace gestos mostrando el tamaño de un pez demasiado grande…

—Lo pesqué de verdad —sonrió duramente el hombre—. Y ahora creo que he pescado otro aún mayor.

—Se está equivocando, señor: pertenezco a la CIA.

—¿De veras? ¿Y le parece prudente decir eso?

—Cuando delante tengo a un agente del FBI no solo es prudente, sino también conveniente —sonrió Brigitte.

—¿Cree que soy un agente del FBI?

—Desde luego. Los tres lo son. Y también lo era Lon Carmody… Igual que a Gloria Mc Intosth, Carmody intentó sonsacarme a mí, pero sin prisas… Sabía trabajar bien. Supongo que quedó un poco confuso al ver que en lugar de una sola hermosa mujer: llegaban dos. Tan confuso que decidió estudiarlas con atención a las dos. Debo decirle que Lon Carmody hacía bien el borracho, señor…

—Smith —sonrió secamente el hombre—. Llámeme Smith. Suena muy bien, ¿no le parece? Y, efectivamente, Lon trabajaba muy bien. Además era un buen compañero. —El rostro del llamado Smith se endureció repentinamente—. Si usted ha tenido algo que ver con su muerte la compadezco.

—La rivalidad entre la CIA y el FBI es conocida de todos, señor… Smith. Pero la consideraría exagerada si me hubiese impulsado a matar a un Gman. Le aseguro que pertenezco a la CIA.

—No se esfuerce tanto. Hemos tomado fotos de usted y anoche mismo salieron en Velofoto hacia Washington, igual que las de los demás huéspedes del hotel. Si es o no es usted agente de la CIA pronto lo sabremos. Calculo que las respuestas en clave deben de haber llegado ya al hotel, y mis compañeros las están descifrando… Solo se trata de esperar unos minutos.

—Como quiera… ¿Puedo fumar al menos?

—No. Limítese a esperar, y considere que eso ya es demasiado. Es mejor que se siente y se esté callada por completo… No me obligue a golpearla, porque temo que no pediría disculpas más adelante.

Brigitte miró el cadáver de Lon Carmody y luego al áspero hombre que no la perdía de vista.

—Le entiendo, señor Smith —musitó—. Sé muy bien lo que se

siente cuando nos matan a un buen compañero.

Apenas diez minutos más tarde Brigitte vio a Smith sacar el bolígrafo del interior del chaquetón y apretar la parte superior, que se suponía haría salir la punta. En lugar de eso del bolígrafo brotó una voz, que apenas pudo oír Brigitte:

—Vamos ahí, Red. Está descifrada la respuesta.

—Bien. Tengo una sorpresa para vosotros.

Se guardó el bolígrafo y continuó vigilando a Brigitte. Ni un solo segundo la había perdido de vista. Poco después la puerta de la habitación se abría y los dos pescadores del grupo de tres entraban seguidamente en el dormitorio… Uno de ellos quedó junto a la puerta, mientras el otro, tras mirar tranquilizadoramente a Smith, se adelantaba hacia Brigitte con la mano derecha tendida.

—¿Cómo está, señorita Montfort? Saludos de la CIA desde Washington.

—¿He sido identificada?

—Por supuesto. Disculpe a Red, pero…

—Ha hecho lo mismo que habría hecho yo, de modo que no tengo nada que disculparle.

—Bien… Me parece muy conveniente su actitud… ¿Le parece que puede darnos alguna explicación respecto a lo que ha sucedido?

—¿Y ustedes a mí? Supongo que fue Lon Carmody quien me golpeó en la habitación de Gloria McIntosh, ¿no?

El federal asintió con la cabeza.

—Lon tenía que seguirla a usted esta mañana. Pero no salió. Nosotros…, los tres, quiero decir, habíamos cruzado una apuesta pública en el comedor, de modo que tuvimos que cumplir nuestro papel.

—¿Una apuesta?

—El plan era separarnos esta mañana y regresar a la hora del almuerzo. El que hubiese pescado la mayor pieza ganaba la apuesta. Mientras tanto Lon la vigilaría a usted, ya que aún no sabíamos quién era.

—¿Y no dejaron a nadie para vigilar a Gloria McIntosh? El Gman sonrió hoscamente.

—Supongo que se refiere usted a Marya Fekova.

—Sí… Por supuesto. Creí que el FBI no pensaba intervenir en esto.

—Bueno… Nos pareció que sería conveniente… ¿Vigilar a Marya Fekova? Sí, pensábamos hacerlo. Pero a la noche. Durante el día decidimos que sería interesante que ellos tres nos creyesen unos simples pescadores entusiastas, capaces de pasarse el día lejos, de ellos perdiéndolos de vista.

—Es una buena idea.

—Pero a la noche los habríamos vigilado. Sin embargo, cuando hemos regresado Lon no estaba en el comedor, ni tampoco estaban Carson Bowles, Dale Parks, Marya Fekova… Usted sí. Luego hemos encontrado muertos a Bowles, la Fekova y a Lon… ¿Ha tenido usted algo que ver en esto?

—En absoluto. Esta mañana…

Brigitte explicó lo sucedido desde que aquella mañana a las seis saliera con Pierre Doré hacia el lago, hasta el momento en que había sido sorprendida por Smith, que no se llamaba así, sino Red. Cuando terminó el relato el Gman que llevaba la voz cantante quedó pensativo.

—Bien —musitó al fin—… Parece que la cosa está clara. Sorprendente, pero muy clara.

—¿Sí? ¿Cómo lo explicaría usted?

—Es evidente que la Fekova, Bowles y Parks mataron a su compañero, señorita Montfort. Luego regresaron aquí y decidieron matar a Lon. Mientras de él se encargaban la Fekova y Bowles, Parks salió detrás de usted, ya que, obviamente, la había visto regresar hacia el lago. Pero así como la Fekova y Bowles consiguieron matar a Lon, Parks no pudo con usted… Y cuando usted regresó la Fekova y Bowles la vieron, de modo que pensaron que Parks estaba en manos de la CIA, y que ellos no iban a poder escapar, ya que el hotel debía de estar rodeado. Entonces, y sabiendo además que el FBI también los estaba vigilando, decidieron… cortar por lo sano.

—¿Cortar por lo sano?

—Vea la situación como debieron de verla ellos: han asesinado a un agente de la CIA y a uno del FBI. Pero, al mismo tiempo, la CIA ha conseguido apoderarse de Parks. Inmediatamente, ellos iban a ser detenidos también, o, como mínimo, vigilados de modo que ellos mismos, al escapar, delatasen a otros compañeros que estuviesen esperando en algún lugar convenido para ayudarlos a

escapar. Entonces Marya Fekova comprende que todo ha sido una trampa tendida contra Parks y Bowles y que, al mismo tiempo, a ella la habíamos estado esperando, tanto el FBI como la CIA. Sabe que es inútil escapar de esa trampa tan bien preparada. Entonces, antes de dejarse atrapar, prefiere morir. Pero antes mata a Bowles, para que tampoco él pueda decir nada. Luego, ella, más fría y fanática posiblemente, se suicida con arsénico. De donde se desprende que todo nuestro trabajo al permitir que Parks y Bowles escapasen, y luego vigilarlos aquí, y luego identificar a la Fekova…, no ha servido de nada.

—Ha muerto Marya Fekova —musitó Brigitte—. ¿Eso es nada? El *Gman* encogió los hombros.

—Es poco —gruñó—. Sobre todo si tenemos en cuenta que nos ha costado las vidas de un agente del FBI y otro de la CIA.

Quedaron todos silenciosos durante más de un minuto, cada uno sumido en sus pensamientos, que no resultaban precisamente agradables.

Finalmente el Gman miró a Brigitte.

—¿Podemos ayudarla en algo ahora?

—No. Creo que será mejor que cada uno de nosotros atienda sus asuntos. ¿Puedo marcharme?

—Naturalmente.

Brigitte los miró uno a uno. Los tres se mostraban hoscos, taciturnos… Había sido demasiado trabajo total para que una espía enemiga se suicida se en sus propias narices, evitando así caer prisionera y ser interrogada a fondo.

—Les deseo más suerte la próxima vez —murmuró Brigitte.

—Igualmente.

Ella esbozó una sonrisita y salió de la habitación. Desde luego pensar en la siesta era absurdo, de modo que bajó al primer piso, buscó la puerta número cuatro, y llamó suavemente.

Poco después la puerta se abría, y Pierre Doré se quedaba mirando a Brigitte un poco desconcertado, con cara de sueño.

Capítulo VIII

—Es horrible —musitó Pierre—… Si lo que me has contado lo hubiese leído en una novela creo que me habría reído. Parece todo tan exagerado, tan espantoso…

—No lo parece, querido: Lo es.

—Sí, sí… Claro.

—Bien… Eso es todo.

Pierre Doré quedó unos segundos pensativo, ensimismado. De pronto miró a Brigitte con un gesto de extrañeza.

—Estoy pensando… ¿Por qué me has contado a mí todo eso?

—Porque he querido que supieses los motivos por los que me voy de Trent River, del hotel.

—¡Te vas…! —exclamó él, decepcionado.

—Temo que debo hacerlo —sonrió ella dulcemente—. Pero te prometo que volveremos a vernos…, si tú quieres.

—¡Claro que quiero! Yo… Bueno, ¿realmente tienes necesidad de marcharte?

—Necesidad y obligación, Pierre. No olvides que soy una agente de la CIA. La misión que me trajo aquí ha terminado. De modo que debo regresar, entrevistarme con mi jefe, redactar unos informes… Será triste dar la noticia de la muerte de mi compañero, cuyo cadáver habrá que recoger… discretamente. Y será muy desagradable decir en ese informe que su muerte no ha servido de nada práctico.

—Pero si han muerto tres de los otros…

—Dos de ellos estaban condenados ya, puesto que sabíamos perfectamente quiénes eran, y jamás habrían podido salir de Canadá. En cuanto a Marya Fekova, su muerte no es un suceso… productivo. Habíamos esperado más de ella. No podemos decir que esta misión haya sido precisamente un éxito. Pero ya terminó, y yo debo regresar a Estados Unidos. Es decir, que ya no nos veremos, a

menos que tú estés aquí más de una semana.

—Seguramente me marcharé dentro de dos o tres días. Ya no puedo retrasar más mi libro… No obstante, si quieres mi dirección en Quebec…

—Temí que no ibas a pensar en ello —sonrió Brigitte. Doré le tomó las manos y la miró a los ojos.

—Querida, nada me producirá tanto placer como volver a verte. Y espero que las cosas vayan entonces… de otro modo.

Ella le besó ligeramente en los labios.

—Volveremos a vernos, Pierre: te lo prometo. Pero ya no puedo entretenerme más.

Doré le apuntó su dirección en una cuartilla. Brigitte le echó un vistazo y se la guardó. Luego echó los brazos al cuello del canadiense, ya ambos junto a la puerta.

—Hasta pronto, mi amor —susurró.

Le besó en los labios, profundamente. Luego, de pronto, se separó de él, abrió la puerta, y se fue.

* * *

Dos días más tarde, hacia el amanecer, Pierre Doré salió en su coche hacia el lago con su equipo de pesca.

Solo que esta vez no fue hacia su lugar favorito, sino hacia el otro lado del lago. Detuvo el coche a un lado del estrecho sendero y se dirigió ya a pie hacia la orilla, con la cesta y la caña. Allá lo montó todo, preparó la caña… y luego la dejó clavada en la hierba tras haber efectuado el lanzamiento del anzuelo. Miró a su alrededor antes de adentrarse entre los abetos. Allá el terreno era más accidentado, con más desniveles. Incluso había algunas rocas de tono rojizo brillante… Por detrás de una de ellas se metió Pierre Doré y luego se deslizó por la grieta estrecha y alargada, vertical, que apenas permitía el paso de un hombre de su tamaño.

Ante él todo era oscuridad, de modo que tuvo que recurrir a la linterna que llevaba colgada del cinto. Dirigió la luz hacia el frente, iluminando una cueva que profundizaba en línea recta. Se metió por ella, se desvió a la izquierda, luego a la derecha, y, por fin, llegó a un lugar donde se ensanchaba. En un punto de ese reducto había una roca de considerable tamaño, que movió fácilmente, echándola

a un lado: era de cartónpiedra.

Entonces quedó al descubierto la potente emisora. En el suelo, junto a ella, un par de quinqués a gas.

Encendió uno de ellos, lo depositó sobre la gran roca falsa, y se colocó ante la emisora.

De pronto sonrió triunfalmente al accionarla, comenzando enseguida a hablar en ruso:

—Trent River llamando a punto 2244… Cambio.

La respuesta llegó en el acto, también en ruso:

—Punto 2244 recibe. Hable, Trent River. Cambio.

—Aquí, Marya Fekova —sonreía Doré todavía—. Todo salió bien, tal como había planeado. Cambio.

—Enhorabuena, Marya Fekova. ¿Cuáles son tus instrucciones? Cambio.

—Las convenidas. El plan ha sido perfecto. Han intervenido el FBI y la CIA, pero ambos han despejado ya el campo hace dos días. Podemos proceder al plan convenido. Cambio.

—De acuerdo. ¿Alguna instrucción especial? Cambio.

—Ninguna. Tuve que matar a un agente del FBI en su habitación. Parks, Bowles y Gloria McIntosh mataron a un agente de la CIA. Luego yo misma maté a Parks, y antes, cuando regresé al hotel con Brigitte Montfort, acepté que ella «había olvidado su encendedor» cuando en realidad sabía que había visto a Parks, Bowles y McIntosh, de acuerdo a lo convenido con ellos, que debían dejarse ver por allí, especialmente la McIntosh, cumpliendo su cometido de agente fachada. Así los separaba, ya que Parks tenía orden de seguir luego a la Montfort a la cabaña. Pero mientras tanto, yo había ya matado a Bowles y obligado a la McIntosh a tomarse el arsénico. De este modo tanto la CIA como el FBI llegaron a las conclusiones previstas. Los agentes del FBI y la de la CIA han regresado a Estados Unidos, todo está tranquilo… De modo que podemos proceder al reemplazo de agentes que hemos evacuado y los que fueron detenidos en Estados Unidos… ¿Cuántos tenemos ahí en total esperando? Cambio.

—Diecisiete agentes, por el momento, que de acuerdo a lo convenido ocuparán el estado de Nueva York, que es donde más pérdidas hemos sufrido. Estos diecisiete agentes nuevos se distribuirán también por New York City, estudiarán el terreno, y

entrarán inmediatamente en funciones. Son doce hombres y cinco mujeres bien entrenados y preparados para la vida en Estados Unidos. Ellos nos eliminaron doce, y nosotros enviamos diecisiete, que pasarán por delante mismo de sus narices. Buen trabajo, Marya Fekova. Cambio.

—Gracias. Y a esos diecisiete agentes seguirán muchos más, ahora que yo me he encargado de este asunto… Tendré bien preparada la salida de los que estén en peligro, y podremos ir introduciendo sus sustitutos con toda tranquilidad. Especialmente ahora, que lo último que deben de estar pensando la CIA y el FBI es que por aquí haya más espías de los nuestros. Cambio.

—De momento van diecisiete para ahí, escalonados. ¿Siguen en pie las instrucciones para entrar en Niagara Falls? Cambio.

—Desde luego. Pero antes quiero verlos a todos. Me marcharé de aquí mañana por la tarde… Al amanecer quiero ver a los agentes del reemplazo aquí, en la cueva, para darles las últimas instrucciones. Que lleguen por separado, naturalmente, y que se vayan reuniendo aquí dentro y me esperen, Luego podrán salir ya hacia sus respectivos destinos en el estado de Nueva York. ¿Entendido? Cambio.

—Entendido. Estarán en la cueva todos antes de que sea de día… Todo se hará bien, Marya Fekova, no te preocupes. ¿Debo ir yo con ellos? Cambio.

—Sería conveniente, pues no quisiera que tuvieran dificultades para encontrar la cueva, y tú sabes exactamente dónde está. Acompáñalos aquí, pero regresa enseguida a la base. Dentro de dos días nos veremos en Quebec, de la forma indicada, y Pierre Doré dejará de existir súbitamente… Será una gran sorpresa para cierta damita cuando se entere de que en Quebec no existe nadie de ese nombre, de que todo fue un sueño fugaz… y romántico. ¿Alguna duda, Nikolai? Cambio.

—Ninguna en absoluto, Marya Fekova. Cambio.

—Pues hasta dentro de dos días. Cambio y fuera.

Cortó la comunicación y se quedó mirando la radio, con una chispa de burla en los ojos. De pronto se echó a reír. ¡Había sido tan divertido el juego…!

—Celebro encontrarte tan contento, Pierre querido.

Pierre Doré quedó completamente inmóvil, bruscamente cortada

su risa de triunfo.

Cuando se volvió, muy despacio, su rostro estaba lívido, y sus ojos desorbitados quedaron fijos en su visitante.

—Brigitte —jadeó.

La divina espía sonrió dulcemente, como si ignorase que en su mano derecha la pistolita de cachas de madreperla estaba a punto para ser utilizada.

—Algunos me llaman «La Divina Brigitte», querido… Pero tú… ¡has sido tan descortés conmigo en todo momento! ¿No te parezco… divina en verdad?

—¿Cómo… cómo has llegado aquí…?

—Sigues siendo descortés… ¿Es que no vas a contestar a mi pregunta? Veamos: ¿te parezco divina o no?

—Sí… Sí.

—Gracias. ¿Más divina que Marya Fekova?

—Desde luego… Sí.

—Oh, pero me refiero ahora a la falsa Marya Fekova, a aquella pobre chica que también se hacía llamar Gloria McIntosh y que fue utilizada como agente fachada… Nosotros los llamamos agente pantalla. Pero casi nunca los utilizamos. Comprendo que, a veces, tras muchos años de esfuerzo, resulta que la espía que se ha estado preparando no sirve para grandes cosas. Es decepcionante. Pero me parece una crueldad exagerada utilizarla para que el enemigo crea que es otra espía mucho más peligrosa, ofrecérsela tentadoramente, y cuando está a punto de atraparla, matarla… ¿No te dio lástima la pobre muchacha, querido?

—Brigitte, no entiendo lo… lo que estás hablando…

—Oh, vamos… ¡Pero si he escuchado toda tu conversación, querido…! Y en verdad que ha sido interesante. Enviáis al hotel a una falsa Marya Fekova, una pobre chica que estaba contentísima de que al fin la utilizasen como espía… ¡Pobre Gloria McIntosh o como se llamase! Todo lo que esperaban de ella era que engañase a la CIA, que creyésemos que teníamos localizada a la verdadera Marya Fekova, y entonces matarla. Mientras tanto la verdadera Marya Fekova hacía su trabajo. Una vez despejado el campo solo quedaba llamar por la radio, pedir la llegada de los diecisiete agentes que ya están esperando, y enviarlos al estado de Nueva York. Fabuloso… ¿Es cierto que esos diecisiete agentes y tu

contacto llegarán mañana al amanecer a esta misma cueva? Lo digo porque quizá yo y algunos… amigos míos nos decidamos a esperarlos… Será una sorpresa para ellos, ¿no te parece? Y se sorprenderán un poco de que los planes de Marya Fekova hayan fracasado. Resulta que Marya Fekova les dice que por aquí es el mejor sitio para luego desplazarse a Niagara Falls y entrar en Estados Unidos, ya que al haber ocurrido aquí sucesos desagradables parece que la CIA no pueda sospechar que precisamente por aquí van a infiltrarse diecisiete agentes secretos rusos, y es por eso que la astuta Marya Fekova dice que este es el mejor camino.

—Estás equivocada…

—¿En qué?

—En todo. En realidad yo soy también de la CIA, solo que mi trabajo consiste en…

Brigitte se echó a reír, realmente divertida.

—¿De verdad me crees idiota, Pierre?

—Escucha…

—Basta de tonterías, amor. Tengo ahora en mis manos a Marya Fekova, y mañana habremos capturado a diecisiete espías y a tu contacto. Es algo que va a dejar asombrados incluso a mis jefes, que ya conocen mi… clase. ¡Dieciocho agentes y nada menos que Marya Fekova, la asesina de tres agentes de la CIA en Europa! ¡No te muevas!

—Solo… solo iba a sacar la pipa.

—Ah… Bien, pues sácala. Luego, muy despacio, la dejas caer al suelo y te apartas de ella.

—¿No vas a permitirme fumar?

—¿Por qué engañarnos más tiempo? —sonrió secamente Brigitte —. A ti te gusta fumar en pipa igual que a mí bañarme en aceite. O sea, nada. Además, está feo que una dama fume en pipa. Aunque esa dama sea rusa. Eso estaba bien en Pierre Doré, pero ahora el juego ha terminado, Marya Fekova. ¿Okay, chica?

Pierre Doré se quedó mirando la fría sonrisa despectiva de Brigitte Montfort. De pronto encogió los hombros y también sonrió.

—Okay… ¿Cómo has sabido que yo era Marya Fekova?

—Por favor… Mira, encanto, tú habrías podido engañar a cualquier hombre con ese disfraz: lentes gruesos, cabello cortado

como un hombre, voz forzada, fumando en pipa, pescando… Incluso, con bastante suerte y mucha astucia, podrías engañar a muchísimas mujeres. Menos a una.

—¿A ti? —sonrió Marya Fekova.

—Exactamente, linda. Al principio debo admitir que sí me engañaste. ¡Parecías un hombrecito tan deliciosamente tímido, tan poco varonil…! Me gustaste un poco, incluso. Pero, querida, si hay algo que yo conozca bien de verdad ese algo son los hombres. Y ahí empezó todo.

—¿Debo admirar tu astucia? —sonrió la auténtica Fekova.

—Por supuesto, querida. Me hablaron tanto de ti que incluso empecé a tenerte un poco de miedo antes de conocerte. Eso también estuvo en tu contra: tu fama. Cuando vi muerta a Gloria McIntosh, algo no me gustó. ¿Aquella era la temible Marya Fekova? ¿Una mujer que se suicida a la menor señal de peligro? No, no. Aquello no encajaba con la temible Fekova, la implacable Marya Fekova, la audaz Marya Fekova… Supongo que si no me mataste a mí fue porque quisiste que alguien de la CIA diese allí testimonio de tu muerte.

—En efecto —sonrió Marya Fekova—. Pero te habría buscado más adelante, querida.

—Es un honor… Como te decía, aquello no encajaba con la astutísima Marya Fekova. Y, además, las cosas no podían ser tan simples. Desde el principio había sospechado que estabais preparando algo más que la simple retirada de un par de agentes que estaban identificados y localizados. Y aquello, las muertes de Bowles, Parks y la falsa Fekova, era parte del plan. Un plan en el que, por supuesto, la MVD no estaba dispuesta a perder nada menos que a Marya Fekova. Pero entonces… ¿por qué se había suicidado ella? La solución era simple, indiscutible: aquella no era Marya Fekova.

—Bravo —aplaudió la rusa.

—Muy amable, querida —sonrió también Brigitte—. Luego empecé a pensar, a pensar, a pensar… Y de pronto los datos se fueron acumulando: un hombre tímido de voz un poco estridente, de manos delicadas, de cuerpo menudo, con grandes lentes, con pipa… Un hombre tímido, medroso más bien, pero que en un momento dado, en la cabaña, mata a Parks certeramente… a pesar

de que, lógicamente, no era hombre de armas. En cambio empuña la mía como si la conociese de siempre y dispara. Y mata. No de dos balazos precipitados, quizás impulsado por el pánico, sino que además dispara un tercero, rematando a Parks…

»¿Es este el hombre tímido, de voz débil y manos delicadas? Y luego, el recuerdo continuo de tu fama. Las famas, querida, casi siempre están justificadas. Entonces la solución es solo una: Marya Fekova está viva y sigue adelante con su verdadero plan. Y ella tiene que estar en el hotel, dirigiéndolo todo, matando a quien conviene matar, actuando… ¿Quién, en todo el hotel, puede ser Marya Fekova?

Marya Fekova inclinó la cabeza, burlonamente.

—Enhorabuena otra vez, Brigitte Montfort. Solo en una cosa te has equivocado: me gusta de verdad fumar en pipa… ¿Puedo?

—Favor por favor, querida… Podrás fumar si antes me firmas un autógrafo en esta fotografía tuya.

—¿Un… autógrafo? —se sorprendió la rusa.

Brigitte sacó la fotografía de un bolsillo, se acercó a la emisora, y la dejó encima. La Fekova miró la foto, extrañada. Luego se volvió sonriendo.

—La foto es de Pierre Doré —dijo.

—Sería difícil ahora vestirte de mujer y que el pelo te creciese lo suficiente. Bastará que firmes ahí.

—¿De dónde has sacado esta foto?

—De mi encendedor, naturalmente. Ayer la amplié, mientras te daba tiempo para tus asuntos. Esta mañana te he seguido…, y aquí me tienes. ¿Quieres firmar?

—¡Cómo no! ¿Alguna dedicatoria especial?

—Pues sí. Eres muy amable. Pon ahí: «A tío Charlie, de la CIA, con el respeto y la sumisión de Marya Fekova». En ruso, querida, por supuesto.

La Fekova sonrió, escribió lo que Brigitte le había pedido, y se volvió.

—¿Has venido sola? —se interesó.

—Desde luego. ¿Me permites…?

Cogió la fotografía, se apartó unos pasos, y leyó rápidamente lo escrito.

—Muy amable, Marya —agradeció—. Y ahora puedes fumar, si

tanto deseo tienes.

Marya Fekova se colocó la pipa entre los dientes.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —preguntó.

—Todavía no lo sé. Depende… Por el momento tengo la satisfacción de haber comprobado que soy mejor agente secreto que tú. Y mi satisfacción aumentará cuando tío Charlie se niegue a creer lo que dentro de un par de horas le contaré en Niagara Falls. Me sentía un poco molesta con él, porque parecía creer que tú eras mucho más temible que yo… Y ya ves que no es cierto, querida Marya.

—Cuestión de pura suerte —dijo la espía—. Esta pipa… Tendré que comprarme otra…

Se la quitó de la boca y desenroscó la cazoleta. Examinó el orificio, fruncido el ceño, siempre bajo la atenta mirada de Brigitte, en cuyos hermosos ojos azules parecía ir formándose un témpano.

—Creo que se ha obstruido la boquilla. Empezó a llevarse la boquilla a la boca…

Entonces Brigitte Montfort alzó su pistolita un poco más y disparó. La bala se clavó en el pecho de Marya Fekova, que saltó hacia atrás y chocó contra la pared de la cueva. En sus ojos apareció una llamarada de odio, y su mano inició de nuevo el movimiento para llevar la boquilla a sus labios…

Brigitte volvió a disparar.

—Este es por el de Ankara, querida… El primero ha sido por el de París… Y este último —volvió a disparar— por el de Budapest. Ya ves: una bala por cada compañero mío muerto a tus manos. Y la de Simón también…

Pero Marya Fekova no la oía ya, y no necesitaba aquella cuarta bala que la abatió completamente. Brigitte se acercó a ella, la miró, sin inmutarse al ver aquellos ojos tan abiertos, y con dos dedos apartó la ropa lo suficiente para poder ver los senos de la espía rusa; senos indudablemente femeninos, pero tan menudos que no habían representado ningún problema para disimularlos con ropa gruesa. Esto, y el cabello corto, había permitido a Marya Fekova, la espía asesina, pasar temporalmente por el tímido y delicado Pierre Doré, un hombre que jamás existió… salvo como otra pantalla más de la ya extinta Marya Fekova.

Por último Brigitte miró hacia la emisora de radio y dijo

gélidamente:

—Cambio… y fuera.

Este es el final

Charles Alan Pitzer se sentó en la silla plegable del pequeño jardín trasero de la cabaña número 9 del Rose Motel, en Niagara Falls, del lado norteamericano.

Lucía un bonito sol, había algunas plantas que olían a húmedo, a recién regado…, y Brigitte, tumbada dulcemente en otra silla plegable, estaba más hermosa que nunca.

—Hijita, usted sí que sabe vivir…

—Lo procuro —sonrió la divina—. ¿Cómo ha ido todo?

—Los hemos atrapado. A todos, Santo Cielo… Querida niña: ¡usted es fabulosa!

—¿Más que Marya Fekova?

—No fue acertado matarla —gruñó Pitzer, fruncido el ceño.

—Nada nos hubiese dicho que nosotros no pudiésemos conseguir sin su ayuda. ¿Acaso no han capturado usted y los muchachos a esos dieciocho agentes? Además, ya le dije que yo decidía quién debía morir y quién debía vivir. Ella merecía morir… No me gusta que asesinen a mis compañeros.

—Los muchachos hablaron de esto… Todos ellos se ofrecieron para ser su «Simón» la próxima vez.

—¿A pesar de lo peligroso que resulta?

—A pesar de eso.

—Me gustan los chicos de la CIA —suspiró Brigitte; sacó la pipa de la Fekova y se la tendió—… Ah, tío Charlie, tengo un regalo para usted. ¿Le gusta?

—No me atrae fumar en pipas usadas, francamente —protestó Pitzer.

—Pero esta puede salvarle la vida, querido… Vea: desenrosca usted la cazoleta y le queda una preciosa boquilla. Y si usted sopla por la boquilla sale un diminuto dardo envenenado que puede matar a su enemigo en menos de tres segundos… ¿No es

formidable?

—Lo es —sonrió Pitzer—… ¿De dónde la ha sacado?

—Botín de batalla… ¿Qué hay, Fred, simpático?

El vejete de la conserjería sonrió encantado de la vida.

—Llegó un telegrama para usted, señorita Montfort.

—Es usted una joya, Fred. Espere. Quizás haya respuesta para este telegrama. Veamos… Dice:

> SE SUPONE QUE DEBERÍA HABER REGRESADO A SU TRABAJO EN EL PERIÓDICO *STOP* ESTOY HARTO DE SOPORTARLA *STOP* ESTE TELEGRAMA ES UNA ORDEN INAPELABLE PARA QUE REGRESE INMEDIATAMENTE *STOP* RECIBA MIS MÁS FEROCES GRUÑIDOS *STOP* MIKY GROGAN

—Hay respuesta, Fred —rio la divina—. Va a enviarme un telegrama… Y está autorizado a leerlo por el camino.

Efectivamente, el simpático vejete lo leyó camino de su cabaña. Decía lo siguiente:

> PREPARE BOTELLA DE CHAMPÁN MUY FRESCA Y UNAS CUANTAS GUINDAS *STOP* BESITOS DE SU AMADÍSIMA BRIGITTE

Mientras, en el jardín, Brigitte señalaba a Pitzer un sobre que había sobre la mesita.

—Olvidaba el último detalle, tío Charlie. Eso es para usted. Un obsequio muy especial.

Pitzer tomó el sobre, lo abrió… y sacó la fotografía de Pierre Doré. Es decir, de Marya Fekova cuando se hacía pasar por el inexistente personaje masculino llamado Pierre Doré. Leyó la dedicatoria, lanzó una exclamación, y miró con ojos desorbitados a Brigitte.

—¿Cómo ha conseguido esto? —gritó.

—Secreto profesional. Y no es una dedicatoria falsa, créame.

—Pe-pero es… es maravilloso… ¡Es increíble!

—Yo soy así, querido.

De pronto Pitzer se echó a reír. Atrás quedaban las dificultades, el peligro, las preocupaciones, la tensión… Delante un futuro quizá

no muy dilatado, pero sí una mujer, la más hermosa mujer de dulce sonrisa que el viejo director de espías había conocido jamás.

—Brigitte, querida niña: ¡usted no tiene rival en el mundo entero!

FIN

Notas

[1] Véase *Matar un cuervo*, publicado anteriormente en esta colección. < <